

EL HOMBRE *OROCO*.

**Breve estudio sobre el orden como
instrumento para obrar con eficacia
y recta intención.**

“Recta ratio rerum ad finem”.

(Santo Tomás).

Por: A.G.S. (Rimante).

**Torrejuncillo.
Semana Santa 2014.**

PERSONAL

DEDICATORIA.

*A mis buenos amigos del soneto, como
variante expresada en prosa sin
renunciar a la imaginación
constructiva que todos
compartimos.*

A.

INDICE.

La opinión.	3.
Todo es orden.	5.
El orden en sus entrañas.	6.
Segundo paso.	10.
La segunda etapa.	11.
A la tercera va la vencida.	13.
Cuarta etapa.	17.
Ha nacido la quinta y última etapa.	21.
Los problemas desde el punto de vista del orden.	30.
La quinta etapa es la caridad puesta en acción.	32.
El esquema.	36.
Obstáculos que se oponen al orden.	38.
El hombre oroco .	41.

LA OPINIÓN.

Centro mi atención en lo que falta para ser perfecto todo lo que me rodea. Es inmersión en una ausencia.

Lo perfecto en el hombre es lo que desde uno mismo considera digno de ser alcanzado. Lo absolutamente perfecto en esta vida no puede existir. Si fuera, no cabría opinión en contrario. Todo lo llenaría. Hasta nuestra capacidad de entender.

El hecho de la existencia de la opinión en el hombre, demuestra algo muy simple aunque difícilmente comprensible cuando se considera la opinión de los demás.

¿Y qué es lo que es lo que hace simple el hecho de la existencia de la opinión?. Que sobre un mismo punto, cuestión, hecho, posibilidad, creencia, fe, esperanza, amor, en una palabra, que en un mismo *opinable*, sean diversas, hasta casi incontables las interpretaciones que se hacen de esto que llamamos *opinable*.

Al llamar *opinable* a algo sobre lo que se opina no nos referimos en su contenido o naturaleza, ni a ser ni a ente ni a esencia ni a existencia, ni a lo que no sea ni una cosa u otra. Puede caber en este término lo mismo opinión sobre el tiempo, sobre una obra literaria o sobre una filosofía, sobre el color del arco iris, etc..

Tampoco digo que la que llamo *opinable*, es algo absoluto pero tampoco relativo. ¿Qué es entonces?. Pues es algo que comprende todo lo que existe, ya en conjunto considerado, como considerado en particular y concretamente.

Las opiniones razonadas, documentadas, informadas, amplias, etc. suelen formar obras escritas que llamamos libros o escritos en general pero también discurso oral cuando procede de fuente personal hablada y comunicada. v. gr. escritores o periodistas.

También una imagen puede a veces considerarse como opinión gráfica. v. gr. videos, televisión etc. .

Un apunte o una fórmula viene a ser implícitamente el resumen y concreción de algo más amplio y extenso.

Cuando lo que se dice o escribe es breve sin alusión a razonamientos o hechos que lo trascienden, no vienen a decir por regla general algo nuevo o ni siquiera algo que merezca la pena.

Se impone, pues, la necesidad de seguir un cierto orden en la exposición de la opinión sobre la existencia de algo o su naturaleza interna que configura lo que se suele llamar esencia.

De aquí que en este sentido, todo *opinable* supone un *orden*. No se puede considerar opinión verter palabras y más palabras sin sentido por la boca o por la pluma.

Incluso el error razonado y que forme parte de una opinión se debe hacer con el orden lógico mínimo para que no se considere una locura o bien críticamente sea falso..

Cuando teniendo en cuenta este requisito de fiabilidad en la opinión, se comparan varias opiniones entre sí, el procurar averiguar cual de ellas es la que más se acerca a la realidad, es tarea obligada de todos cuyo fruto de coincidencia y partes compartidas

favorece el bien social y particular entre los hombres. Habrá que tender a sumar coincidencias como verdades en “trozos” que se unen, valga la forma de expresarlo, ya que de esta manera se está trabajando para el bien común, sea cualquiera que este sea. Porque es difícilísimo, dada la condición débil y voluble del hombre mantener distancias permanentes, dentro del derecho de cada uno, pero por largo tiempo sin que surjan más que opiniones, formas violentas de las que nadie se beneficia.

Cuando las opiniones se mantienen después de perderse el sentido de lo *opinable*, y la equidistancia de las mismas opiniones, en un estado de lucha permanente que es a donde van a parar las que debieran no haber salido de la mera confrontación, se produce el fenómeno que llamo revolucionario o forma violenta donde han desaparecido las formas habituales de confrontación dialéctica y respetuosa.

Nunca en un estado de sentido *opinable* es justificado un acto violento o que sale de la regla del orden.

Ante una violencia, se impone otra clase de orden, que la contrarreste, que la revierta si es posible a la zona de tranquilidad y paz donde únicamente se puede dar ese intercambio de verdades a medias que no han alzado aún la identificación total con la realidad de la que se discute.

No se puede decir que la verdad total que se identifica con la realidad total de las opiniones coincidentes, sea el resultado de las sumas de las demás verdades. Esto sería verdadero solo si cada verdad en particular fuera verdad en sí misma y no trozo o parte de lo que no se puede trocear o partir por no tener partes.

Llego a la conclusión de que las verdades parciales en concreto consideradas tienen por necesidad que ser participaciones de otra “verdad absoluta” donde estas están comprendidas. Una verdad absoluta no puede partirse ni repartirse como una tarta. Lo más cercano es la verdad concreta que a su vez es participación de otra mayor y a la que está subordinada. Y todas, subordinadas a la absoluta.

Puede haber opiniones sobre lo absoluto y lo concreto. Pero solo de lo concreto como real, se puede opinar, sin que la opinión se pueda convertir en materia de la que se opina.

Se establece una cierta distancia entre la opinión y lo opinado. Nace por necesidad, el objeto opinado y el sujeto opinante. Sujeto y objeto, no destrazan la realidad, sino que la completan.

Identificarse estos términos solo puede darse teóricamente entre los materialistas que parten del supuesto improbadado hasta ahora de que todo es materia y como un todo material. Olvidan el estado del *opinable*. Por eso estas personas se incapacitan ellas mismas para opinar pues de hacerlo, deben reconocer que la opinión es siempre sobre algo objetivo de lo que se opina. O también sobre aquellos datos de experiencia que existen en el sujeto. La conciencia nace cuando se vuelve el hombre sobre sí mismo reconociendo vestigios del exterior en el interior de la potencia que les permite opinar. Y todo esto no es un mero existir. Desde el momento que sobre la existencia o algo que existe opinan, ya reconocen la existencia de una esencia o forma de ser de lo que es. No renunciamos a nuestra opinión anteriormente dicha de que incluso en el error de opinión siempre hay un orden de hechos que conducen al descarrilamiento del tren.

De la confrontación de los órdenes de proceder, nacen las ideologías, las estructuras, los sistemas filosóficos, las formas obstinadas de hacer y entender las cosas. .
Es cuando se ha renunciado a la admisión y defensa de un *orden absoluto* existente como existe una *verdad absoluta*.

Podemos decir que la verdad absoluta es un fin absoluto. Y que el orden absoluto es un modo absoluto de ser y obrar. La verdad informa al orden. De ella nace el espíritu y del orden la ley y la norma.

Esto es lo que desprendo y deduzco del estado *opinable* hasta ahora. Las consecuencias son de largo alcance y las interpretaciones tantas como individuos. Demasiadas opiniones para lo que es uno y único absoluto, aunque es con relación al hombre. En el cielo, cuando la esencia de Dios, infinita, aparezca poco a poco ante nuestros ojos las opiniones serán infinitas. El milagro es que todas no pueden por menos que coincidir y ser iguales según el grado de participación que de esa esencia tengan los bienaventurados. Luego esto, de aquí, lo que vemos no es el cielo. Ni puede ser Dios. Ni puede llenar las exigencias infinitas de verdad que el hombre tiene, ni puede pretenderse una paz absoluta aunque sí soportable, por los recursos revelados. Ni puede llegarse a un orden perfecto pues la inteligencia que lo elabora es limitada y finita. Algo de culpa tiene de todo esto, el hecho de que a los hombres les falte la voluntad de *opinar*, comparando su opinión con la de los demás, faltando el diálogo necesario. La violencia institucionalizada es una máscara donde se esconde la debilidad egoísta del hombre.

TODO ES ORDEN.

Si hay un orden absoluto, como la verdad absoluta que también existe, y con el que se identifica, podemos afirmar que los que llamamos órdenes de este mundo son participación del absoluto e infinito que se identifica con la voluntad ejercida del mismo Dios.

No hay orden sin norma, como no hay juego sin reglas.

Cada ser existente tiene un orden establecido a través del fin natural o sobrenatural hacia el que se dirige.

En el mundo el fin se consigue con tiempo y por eso es temporal. En el cielo, el fin es siempre sugerente de otro mayor para el bienaventurado y nunca termina de alcanzarlo todo y al mismo tiempo, plenamente, por eso es eterno y gratificante por cuanto los fines intermedios conseguidos llenan el deseo dentro del último que es Dios mismo. La parte no puede contener al todo, pero sí perseguirla y de alguna forma, lo conseguido en cada momento es plenitud dada la finitud del que la persigue.

El alma ya no puede más por sí, pero es capaz de recibir cuanto se le da por quien lo puede dar. Así se resalta más la generosidad de Dios. Si Él es el premio y el trofeo, se va dando continuamente sin agotarse jamás.

¿Qué ser de este mundo, que vemos, que palpamos, que incluso soñamos, no posee un fin más o menos inmediato hacia el que se dirige ?. Ninguno.

Si el orden es esencial y principalmente su fin, todo ser es orden.

Las clases de órdenes existentes es otra cuestión. Podemos en principio decir que los órdenes pertenecen a este mundo y a lo que no sea este mundo. De aquí nos será más fácil entender la distinción entre orden natural y orden sobre-natural.

Del orden natural se desprende la imposibilidad de que sea el único existente. La razón es contundente. Cada orden material o mundano es incompleto desde el momento que al dirigirse hacia un fin determinado, no tiene aún la perfección propia conseguida aunque se dirija constantemente hacia ella. Esto supone limitación, finitud. Sumemos todas las finitudes o limitaciones que se nos ocurran, todas las que componen el mundo interior y exterior, las conocidas y las por conocer, resulta que siempre será limitada atendiendo a lo que le puede faltar. Un reloj muy grande, con mucha cuerda, pero siempre llegará a un límite en que la cuerda se termina porque es limitado, finito, por muy grande que sea. Y si ponemos límites al mundo o al reloj, concluiremos de que más allá del mundo y del relojero nos espera un creador de tanta belleza y un relojero mejor que ninguno de Suiza. Ese creador, esa causa última, ese experto relojero nos aguardan con su modo de actuar libre e infinito a no ser que detrás de ellos, concibamos otro autor más listo y poderoso. El orden de estos autores, o sea del único autor, es infinito, y por tanto absoluto. De él participan los demás que mejor conocemos.

Dios opinó sobre sí mismo, pues no lo podía hacer sobre lo que no era Él, (aún no existente). Y su opinión fue de inmediato correspondida con el hecho de la creación. Nació el mundo de lo *opinable*. Había materia con leyes fijas. Había almas o espíritus con leyes libremente dadas a sí mismas o bien recibidas de su creador.

Los dogmas nacieron como cosas aceptables, y no opinables. La palabra de Dios se ofrecía en su aceptación pero no puesta en duda. Algo debiera haber entre lo opinable que fuera referencia de fiabilidad y faro orientador.

Las leyes humanas nacieron como interpretación de la realidad. La realidad no cambiaba, pero sí la opinión libre y variada. El mundo no fue a menos ni a más. Fue el hombre quien se adaptaba a medida que pasaba el tiempo. ¡El mundo ha cambiado!, Nada de eso. El hombre ha cambiado en su adaptación a la realidad natural y sobrenatural. Y cuando crecieron las opiniones en exceso y se perdió el sistema de compararlas y juzgarlas con el metro real, es cuando aparecieron las opiniones morales que eran inaceptables y contrarias a la realidad, faltó cierto sentido de la vida más simple y sencillo que el mismo hombre. Cuando el absoluto se perdió de vista el hombre se hizo inútilmente más autónomo cuando y donde el compartir era más necesario y exigente.

EL ORDEN EN SUS ENTRAÑAS.

Hablamos del orden participado. Hablamos del que el hombre es ejecutor. Pues, ante los fines que se quieren conseguir, los pies se encaminan hacia ellos, sin descanso pausada o rápidamente. El hombre ante sí mismo no tiene mucho que hacer. Acaso reflexiona sobre sí y, hasta llegar a ello, contó con lo que exterior a él mismo le habían regalado y puesto en su alma. Lo que pasa es que este regalo se lo trabajó el hombre. Asomado al balcón de sus sentidos oteó un horizonte que le llegaba florido, variado, sugerente. La inteligencia se puso en marcha. Captó el mensaje y lo hizo propio.

No es cuestión ahora de explicar cómo llega la sensación al interior del hombre y la asimila con placer. La intuición sensible solo nos ofrece la imagen, la foto de bien parecida. Pero no nos dice más. Es como la amiga o amigo que lleva en sus manos un obsequio y lo entrega a un amigo sin articular palabra. Agradecemos el detalle y en paz. Luego, con ese regalo, hace la inteligencia virguerías, hasta algo que llamamos ideas.. No consideramos a la inteligencia como algo perezoso por naturaleza, sino activo e interesada por abrir el paquete que recibió.

Todo esto tan natural que a cada momento ocurre desde que abrimos los ojos y miramos, desde que nuestros oídos captan un sonido, desde que nuestro gusto siente placer con un caramelo o con una loncha de jamón, desde que el terciopelo del cojín es acariciado con la mano, etc. Son sensaciones que se estampan en nuestra alma como un beso.

¿Dónde dejamos el orden?. No lejos de todo esto. Porque la primera sensación que suele tener el hombre es captar algo que aún no ha manoseado con sus sentidos pero que está ahí afuera esperando ser reconocido como color o como sonido, o como sabor, etc. Está ahí. Y ese estar ahí es algo muy importante. Porque el orden sin algo que está ahí delante de nosotros o dentro como la saliva que humedece nuestra lengua, resultaría inútil ordenar algo de que no puede disponer. De donde deducimos que para el orden lo principal, o al menos un primer paso es contar con cosas ordenables, esto es, que se puedan ordenar. Ya veremos por quién y de qué manera.

Dentro pues de “lo que es”, que está ahí, que podemos catalogar, que podemos tomar como materia estadística, que podemos contar o describir, después de “lo que es” se encuentra la primera consideración que el hombre hace para poder ordenar algo. La misma opinión es un orden, y guarda relación con algo que nosotros decimos sobre lo que está ahí. No habría opinión sin algo sobre lo que opinar. Como no habría negocio sin algo que ganar. Como no habría amor sin alguien o algo que amar. El asomarse al balcón y escudriñar lo que pasa por la calle es la base para poder identificar u opinar sobre las personas, animales o automóviles que pasan. Un hombre que no se asoma al balcón, desde sí mismo, engendra en sí un mundo incompleto, egoísta, cerrado, sin dar ni darse, un absurdo de vida. “Un tío extraño”, dicen en mi pueblo.

El orden se impone por naturaleza como algo dado, volcado, dedicado a lo demás. No puede haber un orden que se asfixie en sí mismo.

Pero lo que identifica un orden, al ser este intérprete de la tendencia o mejor del fin que cada cosa ordenable ofrece como deseable es la naturaleza de ese fin pretendido. Naturaleza del fin acorde siempre e ineludiblemente con la naturaleza de las cosas ordenables o que pueden ser parte integrante de un proceso de orden. El fin de, por ejemplo saber leer, no puede acoplarse ni requerirse de la naturaleza de un animal como el burro. Este simpático animal se ayuntaría a la naturaleza de comer verde o pienso adecuado. No se le puede exigir a un borrico que aprenda a leer. Pero sí se le puede elegir un espacioso prado donde el pasto es abundante y nutritivo o también tener en cuenta su fortaleza y fuerza física para ayudar al hombre a trasportar algo pesado con lo que él no puede..

No se si la naturaleza de la cosa tiende a un fin conforme a esa naturaleza o es ese fin o meta quien se tiene que acomodar a la naturaleza de la cosa.

Cuando decimos “se tiene que acomodar” se supone poseer una iniciativa particular y una voluntad de conseguir algo. Cuando este algo se consigue inconscientemente, el orden está sujeto a leyes fijas, como es el caso de los seres irracionales. Cuando este “se tiene que acomodar” se hace conscientemente, supone la existencia de una inteligencia que disponga libremente de esa determinación por conseguir el fin adecuado. Es propio del hombre, dotado de razón

Así que se nos impone la obligación y necesidad de distinguir entre orden mecánico en que el fin se consigue bajo el imperio de leyes fijas y fijadas por la naturaleza y orden consciente, humano, del hombre que consigue o pretende el fin por medio de la inteligencia.

Impropia se dirá que las cosas tienen un orden. Solo al hombre corresponde este atributo. Pero resulta que el hombre, de prescindir de lo que le rodea, se ve abocado a ordenarse a sí mismo, hacia sí mismo y por sí mismo. Una especie de orden que le llamaríamos individual o personal. Algo difícil afrontaría el hombre si tuviera que emprender esta empresa, pues sin una noticia de la calle, le será imposible ordenar el entendimiento, para entender ¿qué?, la voluntad para conseguir ¿qué?. la memoria para recordar ¿qué?. Un ser aislado es un ser inordenable. El orden de las cosas nace siempre a la sombra del árbol humano o de la inteligencia, hojas por donde respira y se siente árbol frondoso. Las cosas, a su sombra, toman sentido y duermen plácidamente.

Sin embargo encontramos una razón para decir y afirmar sin lugar a dudas que las cosas guardan un admirable orden, por cuanto al verse obligadas a la dependencia del orden absoluto, de la verdad suprema, absoluta, de Dios en una palabra, las cosas se les impuso que aunque fuera inconscientemente consiguieran y se encaminaran hacia un fin determinado conforme a la naturaleza que tuvieran cada una. Es más, para que sean partes integrantes de un orden no pueden estar aisladas, lo que las haría inordenables. Así que obligadamente, tanto con la causa próxima que las hace posibles como con los efectos que de ellas se desprenden, las cosas, cada cosa, establecen una relación causa-efecto y efecto-cause, que hace que las cosas, todas sin excepción, puedan considerarse órdenes constituidos.

Pero de estas cosas se sirve el hombre para mantenerse en pie, para seguir viviendo, por donde las cosas se dice que están dirigidas para bien del hombre. De esto, se da cuenta el hombre y no las cosas. Y el hombre como inteligente, según sus necesidades, ordena a una serie de cosas para su bien personal. Hasta que se convierten en bien personal, han de salvar un camino o proceso ordenado hacia su meta, el hombre, pero como no depende de ellas la rectitud del camino, sino del hombre, no tienen por que ser llamadas malas si sirven para un fin malo o perjudicial ni buenas si consiguen ser útiles al hombre concreto. Su marcha es ciega pues no poseen libertad, ni para iniciar la marcha, ni para detenerla, ni para modificarla ni para sustituirla por otra. Todo es en función de la actividad intelectual del hombre y es el único capaz de interpretar si el camino es el adecuado o no, si el fin es conforma a naturaleza humana o no, etc. El hombre que se abroga el título de rey de la creación, es tan rey como vasallo, pues sin lo que no es él, nada es en relación al orden.

El hombre se pregunta por lo que hay fuera de él, lo que ve desde el balcón de sus sentidos. Y al descubrirse poseedor de la facultad de poder ordenar las cosas, a su favor,

se pregunta una y otra vez de dónde vienen dichas cosas. Si a sí mismas se dieron existencia. Si como sabe que cada una sirve para lo que está formada su naturaleza, es obligado encontrar una respuesta adecuada a este problema. Porque si no se dieron su existencia y no dependió de un acto libre que no tienen, el que las lanzó al mundo de la existencia debe ser alguien interesado en el bien del hombre por cuanto para él y su bien están y se encuentran ordenadas.

No necesita pasar por encima de ellas. Su autor, su agente ordenador, se esconde más y más allá de lo imaginable existente. Más allá de lo que desde el balcón puede ver el hombre y la inteligencia puede entender y la imaginación imaginar. El día que el hombre encuentre el absoluto cara a cara, éste puede ser lo que quiera, menos Dios. La Encarnación del Verbo nos da la única manera de poderlo conocer. Porque se sumó al orden natural compartiéndolo con el hombre, haciéndose como el hombre pero sin olvidar ni poder dejar de ser Dios.

Cuando el hombre ordena las cosas para su bien, no tiene más remedio que preguntarse si ese bien es el que Dios puso como fin al uso de las cosas.

Ateniéndonos al origen y causa primera de los órdenes existentes y realizables, se puede afirmar que existe un orden sobrenatural del que proceden los demás naturales. Así la dependencia no deja de ser un orden. Existe lo que depende, de quién dependen, y la razón de por qué esta dependencia. La razón en este caso es el fin.

Esa dependencia de una primera voluntad que quiso que las cosas fueran así y no de otra manera, nos invita a que averigüemos cual es en cada momento esa voluntad cuando las cosas las consideramos como componentes de un orden. De esta inquisición de la voluntad divina nace la moral, la ética, lo correcto, lo bueno, lo perfecto, lo alto, etc.

De no existir esa voluntad divina tendríamos que inventar todo lo anterior. Algo absurdo. Lo bueno se podría identificar con el poder, con el dinero, con la influencia social, con la plutocracia, con el dominio, con la salud, con la suerte, etc.

Los hechos del amor, la entrega, la disciplina, la obediencia, la pobreza evangélica, serían cosas desconocidas y más, interpretadas a través de solo los demás valores sociales anteriormente dichos.

Pero por suerte, el sentirse dependientes de Dios y ser tratados como hijos, y hacer de esto una escala por donde subamos y le contemplemos en su inmensidad y bondad, al menos por medio del afecto y recuerdo lejano, constituye el orden más encomiable que el hombre puede establecer y donde se puede realizar como tal hombre. He aquí el ejemplo del hombre religioso, y del consagrado con votos para mejor sujetarse a la voluntad de Dios. Todo un ejército ordenado hacia su causa, que es a la vez Padre común de todos.

Este hecho que se ve repetido sobretodo desde la aparición de Cristo en el mundo, desorienta a quienes no se dignaron opinar sobre esto y en la forma de como Dios lo ve y lo bendice.

Negando, desechan elementos ordenables.

Atacando, cavan su propio fracaso intelectual y humano.

Compadeciendo, se asquean de sí mismos.

Revolucionando, se convierten en elementos ordenables y fin al mismo tiempo. El egoísmo pasa por encima de la sangre de los demás hombres. Y lo social es caricatura de la que se mofan.

SEGUNDO PASO.

Si nos quedáramos extasiados tan solo en “lo que es”, solo llegaríamos a identificarnos con un contable de cosas y un estadístico de opiniones..

Tenemos ya por una parte, los elementos ordenables y un fin hacia el que se ordenan o los ordenan.

El hombre sabe generalmente lo que quiere. Toma bajo sí unas cuantas de cosas o elementos y les asigna un fin o meta que conquistar. O mejor, trata de identificar la naturaleza de las cosas con sus tendencias, con las necesidades personales que en un determinado momento desea satisfacer.

Por cuanto el fin es la parte más importante dentro de un orden pues hacia él se dirige la actividad de los elementos, no exageramos si al mismo fin lo llamamos orden.

Suena a película aquello de “lo principal es la misión”, “salvar la misión” por encima de todo. Esto hay que matizarlo desde el punto de vista del orden y no desde la misión que se ha impuesto con una orden a algún militar o grupo de ellos.

Sobre el fin u orden, puede haber discrepancias sobre si es acertado o no, bueno o malo, oportuno o inoportuno, etc.

Si a este fin u orden le añadimos la salvedad que ha de ser tal, esto es orden, fin, pero “según las circunstancias” que lo permitan, y a esta aclaración llamamos al orden, “óptimo”, diremos que un orden óptimo es aquel que se acomodaría a las circunstancias más favorables para conseguir el fin propuesto.

Pero todo esto, aunque se vea claro cuando hemos llegado hasta aquí, es aplicable también para la primera fase o etapa, recordemos “lo que es”. Pues uno mira, ve pero no acierta en lo que ve y confunde sobretodo a lo lejos una persona con lo que uno pueda imaginar. Así que “lo que es”, debe reunir una serie de condiciones que lo haga óptimo según las circunstancias. Por algo los prismáticos desentrañan a lo lejos cosas que a simple vista no se identifican correctamente.

Mas, como el orden es un camino “hacia” un fin. En este *hacia* se da la necesidad de que haya una voluntad que mantenga ese caminar sin desfallecer hasta llegar a la meta. . Los elementos ordenables deben mantenerse dispuestos a caminar salvando los obstáculos que hubiera hasta conseguir aquel objetivo para el que fueron puestos en actividad. Ojo, no creamos que siempre es caminar rompiendo suelas. El orden es más bien un caminar espiritual, intelectual, donde los zapatos se guardan para otras ocasiones. La “constancia” es la clave de este proceso.

Orden óptimo y constante.

En la primera etapa; “lo que es”, se deben tomar elementos que no salten como las ranas que cuando les quieres echar el guante, saltan y te quedas con la mano cerrada y vacía. De esos elementos, hablo en metáfora, hay que huir. A lo mejor se plantea el problema de cuánto tiempo está la rana en el aire o a qué metros de distancia, cuando se escapa de la mano y salta. Habrá que servirse de algo tan sólido como de un reloj cronómetro y de un metro nada saltarín. Entonces sí que hay que tener en cuenta a la rana, como elemento. Salte o no salte. Y sobra el dichoso anfibio si de lo que se trata es saber la superficie de la charca donde vive.

Dicho esto, podemos resumir:

1ª Etapa. “lo que es”. Con Orden, Óptimo y Constante..

Quien desee obrar con orden “*fin*” en esta vida, no puede olvidar esto tan elemental, que es sobre lo que está a nuestro alcance como posibles elementos ordenables, y es lo que llamamos, “*lo que hay*”. Y este conjunto de elementos que se seleccionan debe hacerse con orden, según las circunstancias “*óptimo*”, y el mantener la actividad de los elementos hasta conseguir su meta, de forma “*contante*”. No nos engañemos, es el hombre el que debe procurar la “constante” atención o voluntad de que los elementos sigan interesándole. Muchos elementos pueden ponerse en juego y tenerse en cuenta y resulta que los libros han sobrado todos a medias de la carrera que se estaba estudiando, por ejemplo.

Todo esto quedaría en un *esquema* para confeccionar una estadística en que se seleccionan una serie de personas que “opinan” sobre un tema que se les propone con el “fin” de averiguar el porcentaje y calidad de sus opiniones. “Lo que es” o “lo que hay” forma parte de un estado estadístico, de recuento, ladrillos para la casa que se intenta construir, los metros cuadrados de superficie, etc.

LA SEGUNDA ETAPA.

Siempre hay quien después de saber la opinión de una persona determinada, trata de enmendarle la plana, proponiendo otra opinión como si fuera “lo que debiera de ser”. No faltan quienes a las estadísticas les cuelgan el sambenito de que están amañadas, no son las correctas, que las personas que intervinieron no fueron las adecuadas, etc. O sea, que los resultados de la encuesta “debieran ser otros”..

Si nos atenemos a lo que llevamos dicho sobre el orden, todo orden que se establece es una circunstancia en que *se carece aún de lo que se pretende* conseguir por medio de un proceso ordenado. Según este hecho, se podría aventurar o pronosticar un resultado o más bien un fin que se debiera intentar conseguir. Nadie sabe aún la solución o resultado, esto es el desenlace... El problema solo se ha planteado y hay que buscarle solución como meta del mismo. Y se dice “lo que debiera ser”, como curándose uno en salud de no asegurar con certeza lo que aún no ha llegado. El “debiera” tiene su propia fuerza pero no la definitiva. El alcanzar el fin o meta, dentro de un orden con elementos obligadamente incorporados, es verdaderamente la victoria alcanzada, es el trofeo

conseguido y esto no ocurre si no se tiende un puente entre “lo que es” y “lo que debiera ser”.

En la primera etapa los ojos intervienen más que la inteligencia. Pero en la segunda etapa, la inteligencia se impone como imprescindible, Adelantar unos resultados, o proponerse a secas, un fin que se intenta alcanzar es fruto de sopesar los pros y los contras, de valorar posibilidades, y de prever dificultades. No es una quiniela por mucho que se diferencie de la simple lotería.

Dicho esto, no hay que perder las esperanzas de conseguir lo que uno se propone. Es más, a medida que los elementos se ponen en marcha interpretada esta por la inteligencia que espera de ellos un resultado final, resulta que paso a paso se van consiguiendo etapas parciales que, unidas, al final dan el resultado apetecido. Lógico es todo esto, pues, si las cosas dependen unas de otras y están interrelacionadas, y cada una tiene un fin, este fin también tiene algo que ver con el de las demás cosas. Y por tanto el conjunto de ellas, como elementos, tienen y siguen teniendo relación con las demás, de donde se deduce que una solución parcial a medio camino se puede dar perfectamente sin abandonar la voluntad de llegar a la solución total o meta antes dicha.

Esta sensación de andar, de moverse, de desplazarse, es maravillosa, y mirando hacia atrás hacia ellas vemos que algo positivo se va consiguiendo que vienen a ser soluciones parciales al problema planteado. No habrá cosa que más ánimo de que el saber que el tiempo invertido no ha sido en balde. Otra cosa fuera si se regodeara uno sobre lo que hizo tan noble, tan bello, tan mejor que lo que falta. Ensimismarse ante este espejo es un grave peligro que hay que evitar. No puede uno enamorarse de sí mismo, aunque la personalidad de cada uno se manifieste principalmente en las obras que se hacen. Se nos ocurre que cada orden, consta de otros menores que le dan consistencia. No se puede comenzar a edificar un edificio sin antes pasar por unos cálculos y planos plasmados en papel. Este hecho es constatable por la propia experiencia de cada uno. Así que cuando se va a medio camino del proceso principal, puede que surjan otras circunstancias que nos inviten a abrir otros nuevos pequeños *esquemas* tan necesarios como el quitar del camino una piedra que impide circular.

Recordando lo que se dijo de que “todo es orden”, resulta ser que cuantos obstáculos captemos o descubramos en nuestro caminar, son otros pequeños órdenes que se suman o se quieren sumar a los elementos que componen el primero o principal cuerpo del *esquema principal*. No es una parada. Es una suma de otras pequeñas pero necesarias fuerzas a las que ya desarrollamos. Y por tanto teniendo en cuenta de que “todo es orden”, la misma meta con la que demos es otro orden más importante que los puestos en juego antes de conseguir esta. Caminamos pues de orden en orden y por orden .hasta otro orden que deberá necesariamente que tener mucho que ver con los que le antecede. No se puede llegar al final con ejercer todo lo contrario, caminar hacia atrás. Nunca se alcanzaría la meta. Pero superando los obstáculos por grandes que sean, se tardará mucho o poco pero se llega. La suma de *esquemas* de orden no impiden el orden. Lo más que ocurre es que lo retrasan en su posesión. Pero queda más enriquecido. Una opinión sobre un tema es importante pero se enriquece si hay muchas opiniones que se contrastan.

Cuando se conduce y se va por una carretera, el interpretar las señales de tráfico como algo negativo es no saber conducir perfectamente. El conducir no es solo correr en exceso sin salirse de la carretera. Puede que sea más importante que todo eso, conseguir

cierta seguridad en ello sin que la vida corra peligro. Por eso hay ciertos órdenes pequeños, secundarios, que nos salen al camino es una valiosa advertencia para que el lugar a donde nos dirigimos no tarde en llegar ni más ni menos tiempo que el necesario. Por tanto, si sale al encuentro de un proceso, otro de signo contrario es ni más ni menos que lo que ocurre cuando se contrastan las opiniones. Otro orden que se opone, no quiere decir que se impone. La violencia en este caso sería eso precisamente. Y ya dijimos que con la violencia no se puede establecer una rueda de opiniones que nace ya contaminada por algo que les impide ser consideradas como órdenes. Quien asume la violencia como método de acción hace desaparecer del *esquema* los elementos que son obligados tener en cuenta para conseguir un fin apetecible y real. Pero es que además, quien así obra se pone él mismo como fin, su provecho particular, su ego excluyente, Parte del yo, por el yo hacia el yo. Un círculo que está fuera de la naturaleza racional del hombre.

Al hablar del viaje a pesar de los órdenes aparentemente negativos, se nos olvidó aclarar algo muy importante. Cuando no se hace caso de los órdenes que hacen posible la conducción segura, aparece otro, con bolígrafo y un taco de impresos de multas aún sin rellenar. En este caso, el orden se impone para nuestro bien ciudadano, por mucho que nos pese.

Resumimos_

1ª Etapa: “lo que es”. Orden, Óptimo y Constante.

2ª Etapa. “lo que debiera ser”. Orden, Óptimo y Constante.

El *esquema* va tomando forma. El forzar la realidad es irracional. El estimularla, está muy lejos de forzarla. Interpretarla no es ley que se crea, sino que a lo más que da lugar es a su descubrimiento, que hay que respetar. Una sociedad violentada es el cúmulo de elementos ordenables que se revelan y protestan de su propia naturaleza. Ni aún la fuerza puede ser considerada causa de la felicidad. El odio en sí mismo es todo lo contrario de un orden que se relaciona con los demás. El que odia renuncia automáticamente a considerar al otro o a lo otro como posible elemento ordenable. Le roba esa categoría natural con que nació. Pero es que además, no sustituye el orden por algo mejor o positivo, porque precisamente no cree en ello. Quien odia se alegra del mal del prójimo, Nunca podrá comprender lo que supone obrar con orden para alcanzar algo bueno y honesto. Quien odia se constituye en regla y norma única desde el momento que lo que le rodea le sobra y no lo desea.

A LA TERCERA VA LA VENCIDA:

Ya hemos dado dos pasos importantes, las dos etapas de que hemos hablado. Pero no queda ni puede quedar esto así.

Se sabe lo que hay, “lo que es”, de lo que se puede disponer.

Se sabe más o menos lo que “debiera ser” o conseguirse.

Pero hay algo que antes de llegar a esta explicación genérica de las dos etapas, ha venido teniendo lugar como un hecho al que dedicaremos un comentario y del que antes hicimos caso omiso.

Todo se reduce a esto: Algo se ha realizado, ha tenido lugar, se ha dicho o manifestado, se ha conseguido o desechado. O sea, algo se hizo y que dio lugar a que otros órdenes pequeños subordinados al *esquema* principal, aportaran su valía y su contenido, sus elementos ordenables propios, etc. Y esto, visto desde aquí y desde este momento es algo que ya pasó y se realizó, que tuvo lugar en un momento determinado.

Todos sabemos de los materiales que se necesitan para edificar una casa. Elementos ordenables a la vista. Hubo un instante en que pensamos en hacer la casa lo mejor posible e incluso la mejor que se pudiera edificar. Y se puso en marcha la aportación que consistió en ejecutar algo o todo de lo que con anterioridad se había previsto hacer. *Ejecutar*. He aquí la palabra clave: “lo que se debe hacer”, no que se quisiera, sino lo que se debe hacer y de hecho se hace, así de sencillo. Ya pasó el tiempo de la selección de elementos, ya el de darles una oportunidad y ahora la oportunidad se hace realidad en la medida de lo posible.

Sin querer hemos enunciado una tercera etapa, sin la cual las dos anteriores quedan en el aire sin poderse llevar a cabo. Sin realizarse de hecho. Prácticamente, una ilusión más o menos fundada, pero escasa de realizaciones reales.

En esta tercera etapa se emplea el convencimiento, la decisión de hacer, la voluntad de ejecutar un proyecto, una ley, un mandato, incluso un capricho.

Y todo esto, ejecutado con *orden, óptimo y constante*. Pues las dos primeras etapas aunque te ponen en el disparadero de ejecutar, esto es, tender un puente o un lazo entre lo que es y lo que debiera ser, esto que parece un desenlace imparables e inevitable, si no se hace o se tienen en cuenta un orden óptimo y constante, sería la ejecución de algo descabellado que pudiera socavar la seriedad de un proyecto iniciado con las mejores intenciones y propósitos. Cuando la *ejecución* se inicia se da el primer paso hacia lo que debiera ser. Pero este “debiera ser”, cae bajo el dominio aún de lo no completamente perfecto. Sí es lo mejor que se nos ocurre pero una ocurrencia de mucho recorrido y en peligro de faltarle aún matices que la haga acertada o perfecta.

No todos los corredores que llegan a la meta son los ganadores. Solo uno fue el que la alcanzó primero porque corrió más rápido, porque tuvo una técnica de competición mejor, porque supo aguantar el tirón mejor que los otros, porque su constitución física fue la ideal para aquella prueba atlética.

Un proceso ordenado llega a la meta, y el mero hecho de alcanzarla, por propia lógica se considera adecuado, fue el definitivo, etc. Es a especie de un juicio hecho *a posteriori*. Pero puede ocurrir y de hecho ocurre que tras de un largo camino recorrido se llega a ciudad que no es la buscada, a meta que no es la propia de la carrera que terminó. A un tesoro que se buscó afanosamente y resultó un montón de pedruscos.

Es obligado que el contenido de “lo que debiera ser” sea claro, interesante y posible de alcanzar. No puede superar a la misma imaginación. El voluntarismo no basta para echar a andar. Vivir de ilusiones es bello pero continuamente frustrante si supera las posibilidades de poder hacerlas realidad aunque sea con mucho trabajo.

Por eso el *ejecutar* viene a ser como una confirmación o identificación del orden con su propio fin, su verdadera meta, su término asegurado y total, la solución correcta, etc. si

es que terminó el proceso. Cada tramo o fase de desarrollo, va acompañado de un constante ejecutar, de un constante control de calidad, de un constante modo de renovar el propósito y de reponer fuerzas.

No es lo mismo correr u ordenarse hacia algo real que hacia un espejismo.

La ventaja de este método racional de ordenamiento, es que en caso de que el fin conseguido sea otro del esperado, cabe la posibilidad de considerar todo el proceso como un punto de apoyo, punto de partida para iniciar otro nuevo aprovechando la información que el primer proceso nos proporcionó.

¡En cuántas ocasiones nos quejamos, dentro de nuestra propia nación, que haya leyes tan justas y abundantes y lo poco que se aplican en favor de un bien común y social pertinente!. Esto lo ocasiona el tener buenos, excelentes legisladores con los pies puestos en la realidad, pero cuyas leyes no se cumplen porque falta la valentía en el ejecutor de las mismas, la cobardía del que tiene obligación de hacerlas cumplir y no lo hace, Una ley como una sentencia que no se ejecuta, es ley y sentencia muertas. Así un orden cualquiera, con ser el más maravilloso de los forjados, si no se ejecuta, no sirve para nada. Esa ejecución es tan importante que forma parte de la naturaleza misma del orden en cualquier nivel que se conciba. Una mesa llena de proyectos sin ejecutarse es como una mesa que solo tienen encima un cenicero.

”Guardar el orden”, es frase que se oye con frecuencia. Las dictaduras políticas suelen tener la fama de hacer guardar el orden por medios de coacción más fuertes que en las democracias. Pero solo en las democracias por una mala interpretación del orden social, por pasarse con facilidad al libertinaje confundiendo con libertad de expresión, por poner un ejemplo, se puede decir que el orden, a veces, brilla por su ausencia. En la cúpula del desorden social, cívico, urbano, reina la carencia de una opinión contrastada, estudiada, tenida en cuenta, comparada y valorada.

Es peligrosísimo que ocurra esto a nivel de masas. La opinión se impone en ámbitos que no pueden garantizar su imparcialidad y su amor a la verdad. En lugares inadecuados al margen del ordenamiento civil, jurídico y político. Por eso la opinión, que es más protesta que opinión razonada, no es escuchada por muchos motivos válidos que se aporten. El lugar y el tiempo de todo orden es una circunstancia que hay que calibrar. Lo *óptimo* del orden tiene cabida en estos hechos como requisito para que el orden sea verdadero y surta efectos beneficiosos para todos en general.

Otra circunstancia desfavorable al orden es el intento de separación entre los mismos órdenes. Sería la anulación de la atracción mutua que ejercen unos frente a otros. No se concibe tal separación con nombre de independencia, insumisión, derecho, etc. cuando la realidad de las cosas no se respeta, cuando los órdenes son ignorados y la constancia en un proceso común y participativo se desmorona por la idea de uno o varios elementos que no se coordinan ni dialogan ni desean entenderse, en una palabra que están decididos a no cooperar prefiriendo el aislamiento suicida.

Cuesta mucho decir e incluso defender que estos señores carecen de orden. Sí que tienen orden, pero pierde todo su valor cuando se convierte en “ruta”. La ruta es un proceso donde se yuxtaponen etapas, como en la escalera se siguen los peldaños unos a otros. Se trepa por ella pero no se sube. Se trepa hasta encontrarse en el extremo de ella con uno mismo. Y por encima de uno mismo, ya no se puede trepar más. Sin embargo

cuando se sube, llegados a la parte superior de la escalera, se alcanza otro piso, la copa de un árbol, la vista de un gran paisaje, el aire más fresco. Cosas que en uno mismo no caben contemplar ni conseguir. El orden de estos señores es orden pero muerto. Portan a sus espaldas un cadáver.

También en estos casos de “*ruta*”, las etapas o planes, se ejecutan. Hay mucha diferencia en ejecutar un orden verdadero encontrando en la ejecución otro orden superior o dar un mazazo al orden que te estorbe en tu empeño de conseguir llegar a la cúpula, al llamado derecho, a la llamada aspiración popular, a la exigencia social, a la razón política, etc.

Queden pues bien señaladas las diferencias entre *orden* y *ruta*.

Consecuencia de esto, cuando se da el caso de enfrentamiento entre dos partes que tienen cada una de ellas una *ruta* que choca de frente con la otra en competencia, lo único que les puede llevar a buen término es convertir la *ruta* en orden vivo. Y para esto solo es un intermediario, un pacificador que no tenga ni represente *ruta* alguna, sino el orden vivo, quien puede aunar coincidencias, opiniones distintas, lazos que unan y no separen, todo dentro de un ordenamiento aceptado por ambas partes. El haber dos *rutas* enfrentadas y una tercera en medio, es como dos cafés por muy cafés que sean que les falta azúcar para ser degustados agradablemente.

Resumiendo lo dicho:

1ª Etapa: “lo que es”. Orden, Óptimo y Constante.

2ª Etapa. “lo que debiera ser”. Orden, Óptimo y Constante.

3ª Etapa. “lo que debe ser”. Orden, Óptimo y Constante.

Tres pasos adelante aunque no son los últimos.

Las promesas se cumplen. Los propósitos tienen su recompensa. Tres eslabones unidos y, sin embargo, solo hasta cierto punto independientes el uno de los demás.

No podemos pararnos aquí, abandonando al vencedor en medio de su soledad bien ganada. Es muy triste la soledad del mando, menos triste la del amor o de la entrega, aunque no tanto como la soledad del que desprecia relacionarse con los hombres y con Dios.

La desesperación brota como la mala hierba y lo único que consigue es echar fuera de la lona a quien ya no podrá competir en la relación con los demás hombres y seres. Es la desaparición lamentable de un orden, como tal y como elemento de otros superiores., si es que aquí en la tierra hay algún orden superior al mismo hombre. Solo en el camino de fe podemos encontrar y encontramos a otro hombre, que por ser Dios a la vez, los demás dirigen su relación hacia Él formando un cuerpo misterioso cuya cabeza es ese Hombre Dios.

Para evitar esa desesperación vital procedente del sentimiento de soledad, Dios se hace contradictorio en un momento determinado de la Historia y se queda con nosotros a través de su vida prolongada en la forma eucarística. Solo desde la fe puede asegurar el

hombre que es imposible que en él se encuentre ya ni pueda existir soledad tan deprimente.

En la vida del hombre ordenado, bajo la luz que Dios le proporciona por su Hijo, no puede haber otro mejor proyecto ordenado que el que tiene al mismo Dios como meta, un proceso que necesariamente termina en la eternidad. Algo que gustamos en porciones aquí en la tierra por la gracia que nos concede gratuitamente. La escalera pierde peldaños al final porque no puede apoyarse, material como es, en las aristas o bordes de un mundo sobrenatural.

No quisiera dejar de responder a una posible objeción sobre la condición que tienen las cosas de ser órdenes al encaminarse al fin que su naturaleza les permite. Y es que si todo es orden, no se pudiera dar el caso del desorden que impidiera las posibles dependencias de unas cosas de otras, de unos órdenes de otros, la relación entre los mismos, etc. La meta pues, necesariamente se conseguiría ineludiblemente sin que haya fuerza humana que lo impidiera.

En efecto, si partimos del hecho de que todo es orden por cuanto cada cosa se dirige al fin que su naturaleza le ofrece, nada ni nadie puede impedirlo. Pero es que también he dicho que a un orden principal se puede unir un orden secundario, que le pudiera servir de advertencia reguladora del desarrollo o proceso iniciado. Recuérdese la conducción de un coche por una carretera, caso que tomamos como ejemplo teniendo en cuenta las señales de tráfico y las multas por incumplimiento. Todo esto sería cierto si consideramos que el no conseguir una meta es desorden. Y por tanto lógicamente un desorden no puede ser originado por una serie de órdenes. Pero la cosa no es así. Una meta perseguida si no se consigue, necesariamente se consigue otra que no contradice la seriedad del proceso realizado y por tanto aunque no sirva para los fines de un hombre en concreto, sirve no obstante para los fines de uno o más, otros, en una palabra que acaso lo agradezcan. Pero el proceso de relación y dependencia entre órdenes no se ha quebrado. Puede que el resultado haya sido diferente de lo querido pero no diferente de lo que se ha hecho en concreto y que antecede a la meta final. Los órdenes en este sentido no se equivocan, sino nuestra apreciación. No se equilibró el medio o instrumento con el fin o meta. Los elementos ordenables elegidos no fueron los apropiados. No olvidar tampoco que una relación mutua entre dos órdenes o más, para unos puede ser un desorden y para otros un orden o acierto. Nos mantenemos en la opinión de que el orden nace a la sombra del árbol de la inteligencia. Incluso si ese árbol no se aprovechara de la existencia del sol, esto es, si no hubiera sol, posiblemente hubiera otro medio para que su fruta madurara más y mejor y el hombre viera en la oscuridad permanente. Con sol o sin sol, el árbol, si sigue siendo árbol, nacería, crecería y daría fruto. Solo cuando estas notas existenciales y esenciales del árbol desaparecieran, habría que hablar de otra cosa pero ya nunca del ser como árbol.

CUARTA ETAPA.

Sobre la camisa, el caballero suele vestir una chaqueta. Sobre su blusa de seda, la señora luce un abrigo de piel. Sobre las tres etapas anteriores, una cuarta que es de finura y suavidad sin igual, encaja perfectamente en el cuerpo ordenado y bello de un proceso que se resiste a ser definitivo.

Un hombre trabajó toda su vida. Llegada cierta edad se jubiló. Y no se conformó con solo jugar a la petanca ni a las cartas ni sentar sus reales en un bar con amigos. Ni siquiera se conformó con la misa dominguera. Llegó a presidir Cáritas Parroquial y ser costalero en Semana Santa mientras su cuerpo aguante el trono de su patrona.

Quien escribe un libro, tiende a escribir otro más. Quien no pudo atender como quisiera a sus hijos, lo hace con sus nietos de los que goza un montón.

Heredó de sus padres una finca. En ella puso máquinas que sus padres no pudieron. Cosecha doble, gana doble, agradece a sus padres doble.

En la convicción del que piensa está instalada otra que le hace exigirse más. Por eso las tres etapas no se conforman con administrar lo que dan de sí. Desean más y alguien que de alguna forma está por encima de ellas, les pide que no se duerman en los laureles, que queda aún mucho camino por andar y mundo por descubrir.

La cuarta etapa les viene a remover su conciencia con una invitación a volver abrir sus ojos a la realidad. El asunto es de enfoque. De aprovechar los recursos obtenidos. De volver a edificar un nuevo proceso contando con la ganancia última, con el elemento nuevo que se descubrió.

La ejecución fue la última acción realizada. Y a esta fruta madura ¿por qué no se le pregunta si quiere seguir viviendo convirtiéndose en rica y dulce mermelada?. Seguro que dirá que sí. Será su perfume quien se hará alimento y el paladar será su laboratorio de pruebas.

Manos a la obra.

“lo que debe ser” (3ª Etapa”), se convierte por propia convicción en un nuevo “lo que es” (1ª Etapa).

Ya tenemos la mecánica de la 4ª Etapa. Solo le falta el nombre: “perfeccionar lo conseguido”.

Es como la carrera universitaria coronada que sumerge a su titular en una serie de Masters que le clarifican aún más las ideas y conocimientos. Y a partir de aquí, volver con la segunda y tercera etapas. Como una rueda que da vueltas, un torbellino que se pierde en lo más alto, poniendo las nubes a sus pies.

Se cuenta que cuando una persona está en la cúspide, satisfecha, coronado su trabajo por el éxito, cualquiera que sea este y el nivel en que se manifieste, o bien se regocija de sí mismo, procurando asegurar aquel estado privilegiado o bien entra en el remordimiento de que lo debiera haber hecho aún mejor.

Este es el peligro de los triunfadores que confunden el momento de gloria con un seguro de vida y una asegurada permanencia en el cargo o en la autoridad, en el prestigio o en la influencia social. Se suele esto curar con poner tiempo de permanencia en esta plataforma de placer personal, sobre todo cuando se trata de un cargo público o político. Pero esto no nos importa mucho para la cuestión que tenemos entre manos. El peor de los casos no es el de permanencia, sino el de indiferencia o impotencia de crear un nuevo proyecto sobre lo que se consiguió. Fácil es decir que en este caso, el poder

“corrompe”. No. El poder siempre igual, maniatado a su propio poder presente es lo que corrompe. El hombre de iniciativa nunca se corrompe y está fuera del dominio de la molice o más bien de verse pagado de sí mismo. Pero sobretodo, el hombre que sabe trascenderse y dirigir su mirada hacia otros ámbitos donde el bien común y general sea la norma y meta.

Lo mismo se puede decir de la producción. Lo que corrompe es la mala distribución, lo que corrompe es la excesiva acumulación de ella siendo el refugio de un ejército de vagos cuya imaginación solo es usada para burlas a los otros órdenes.

La serie distinta de gobiernos que se suceden aún de distinto signo político, vienen a ser como los diferentes órdenes que se suman al *esquema principal*. Pero cuando cada grupo político hace todo lo contrario del anterior, si bien pudiera ser una corrección positiva si se crea y se incorpora un nuevo orden no ajeno al bien común, por lo general no se sigue ni se es fiel a esta necesidad de sumar esfuerzos “opiniones” confluentes, sino que se intenta destruir lo anteriormente hecho. Es la forma más palmaria de enterrar las etapas, tratando de crear una cuarta, original, que no llega a relacionar socialmente a las anteriores. No es entonces una cuarta etapa. Es sencillamente una primera y segunda, acaso con una tercera pero de nueva planta y orientación hacia un fin que es inalcanzable por este método demoledor pero que todos defienden como posible para todos visto desde su punto de vista ideológico. Hay pues un juego no de órdenes, sino de “*rutas*” a cual más extrañas de la convivencia consentida.

La *ruta* es convertida en el cáncer del verdadero orden. Ni es el dinero peldaño, ni es el honor, ni es la misma vida, el único elemento ordenable del que se pudiera disponer. Pero si dinero, honor, salud, se combinan y se estudian sus lazos de relación, entonces y solo entonces es cuando se pueden intentar escalar las alturas del orden.

Ahora se entenderá mejor que si atendemos al hecho económico, éste no puede depender de solo un elemento sea material o intelectual. Una economía que dependa solo de un producto para que toda marche igual, es economía frágil y caduca. No puede, por ejemplo, ser el petróleo la única moneda en circulación. O no solo el gas para que se mantenga sin peligros una sociedad, nación o lo que sea. Un solo elemento no constituye el orden y por consiguiente no puede producir bienestar compartido entre todos. Al final los “solos” elementos los que conocemos, suelen estar en manos de “solos” manos cuyo poder va más allá del yacimiento y suministro, que desgraciadamente solo sirven para fomentar la vanidad humana.

Aplíquese esta consideración a la empresa en general, a las comunidades humanas, a los proyectos de ámbito de cualquier dimensión. Toda consideración de estos medios como si se tratara de un único elemento, no tienen muchas posibilidades de supervivencia. Puede haber millones de opiniones. Si no hay dos al menos que coincidan complementándose, no hay orden alguno. Ni progreso que pudiera generar la cuarta etapa. Solo islotes separados por agua insalubre.

Resumimos:

1ª Etapa: “lo que es”. Orden, Óptimo y Constante.

2ª Etapa. “lo que debiera ser”. Orden, Óptimo y Constante.

3ª Etapa. “lo que debe ser”. Orden, Óptimo y Constante.

4ª Etapa. ““perfeccionar lo conseguido”. Orden, Óptimo y Constante.

Estamos aún dentro del cascarón, como el hombre introvertido. El orden lo llena todo, incluso el espacio donde el hombre aún no está ni ha tomado posesión.

¿Que decimos? ¿Es que intentamos salir de nuestro propio mundo?

Según entendamos por propio mundo. Concedamos que el hombre, sin renunciar al propio mundo, puede optar por otro distinto. No se trata de volver al mundo animal o al mundo mineral. Sería ir para atrás. Además ya gozamos de parte de él en nuestro complicado y complejo cuerpo. Somos agua, tenemos sales y minerales, crecemos como los árboles, sentimos como los animales. Eso sí, razonamos como hombres y en esto no claudico.

¿Otra etapita de marras?.

Cierto. Pues si tenemos en cuenta nuestra manera de entender el orden real, de cómo nos relacionamos los vivientes, los hombres entre sí, no es mucho exigirnos que debamos aspirar a un orden superior al que gozamos. Si tenemos en cuenta lo que llevamos dicho, que el mundo está compuesto de millones de órdenes, tantos como seres hay en él, resulta que la cuarta etapa de él, sería imposible concebirla ya que si el mundo fuera único, añadámosle hasta cuantas galaxias queramos, no podríamos perfeccionar los restantes órdenes con otro superior. No habría otros elementos distintos de los que ya poseemos.

Pero esto no es así. Sería poner un muro infranqueable al progreso. El ser humano se vería reducido a desarrollarse en un ámbito excesivamente pequeño, como una pelota que choca contra la pared y rebota volviendo al suelo arrastrada por la gravedad y su peso.

Un círculo vicioso se aparecería delante de nuestros ojos, un ir y venir, un comenzar y terminar y un volver a empezar el mismo camino y terminar de la misma manera. Imposible. Es absurdo.

Si traemos ahora y hasta aquí la explanación de las pruebas de la existencia de Dios que Santo Tomás de Aquino nos ofrece, y sin entrar en demasiadas consideraciones, por lo claras y contundentes que son, nos daríamos cuenta de que por encima e independientemente de este mundo, está su Creador que necesariamente y por necesidad de ser distinto de lo creado, es infinito, todopoderoso, omnipotente, eterno, etc.

La parte de agua de nuestro cuerpo, sus sales y minerales, nuestra sensibilidad quedarían atrás olvidadas y superadas por otra atención que pide a la inteligencia su visto bueno para demostrar que es un hecho, la existencia de Dios, de un ser que tiene sobre sí la sabiduría y verdad absoluta, el orden, en una palabra, absoluto del que todo ser participa de alguna forma, comenzando por estar en la existencia, ser consciente de esta y tratando de entender o saber en qué consiste la misma, esto, es, la esencia que cada criatura posee, junto al fin que sabemos es innato con su propia naturaleza.

Se abren pues unas puertas hasta ahora cerradas a la cuarta etapa. Porque ya, no tenemos más remedio que apoyarnos en lo que sabemos de Dios, que es lo que Él nos ha dicho y comunicado, de la forma que ha querido, si es que queremos dar al orden natural un, digamos, orden complementario pero suficiente para poder perfeccionarlo al adentrarse en la santidad y sabiduría divinas. Ya no podemos ir más allá. Si pudiéramos, ya no sería Dios. Porque detrás de lo concebido habría otro que lo comprende y entiende. No sería último ni absoluto orden, aquel que ordena todo hacia sí y no es ordenado por nada ni por nadie.

HA NACIDO LA QUINTA Y ÚLTIMA ETAPA.

Ojos abiertos. Escudriñando sus mensajes. Oteando un horizonte más allá de lo imaginado, de lo descubierto hasta ahora con el telescopio, o minuciosamente examinado con el microscopio. Esa bola grandísima, esas nubes de galaxias que acaparan millones de soles como el nuestro de Agosto, formando nubes de ellos, etc. esos átomos revoltosos que chisporrotean jugando al corro.

Tomémoslo todo en nuestras manos y con el dedo toquemos sus entrañas. y quedaremos atónitos viendo tanto movimiento, tanto círculo sin chocar sus planetas unos con otros, que parecen granitos de arroz en una paella. Un orden único aparece ante nosotros y una pregunta revolotea como mariposa deseando ser contestada.

Si antes hablamos de elementos ordenables, de fines a conseguir, de un ejecutar propio del ingeniero de caminos, que tiende un puente entre ambas orillas, entre lo que es y lo que debiera ser, etc, y hasta de una inteligencia que daba su maternal sombra a todo orden, la pregunta que sigue es la siguiente: ¿Existe un ordenador inteligentísimo que haya hecho posible y puesto en movimiento este mundo del que nos enamoramos con facilidad?.

La respuesta es clara: Sí.

¿Existe antes y por encima de Él otro ser más poderoso?.

La respuesta es: No. Imposible de que esto se pueda dar.

¿Cómo puede ser este Ser?.

La respuesta: No podemos definir su magnitud esencial pues es infinita y siempre quedaría infinito por definir a partir de lo que dijéramos sobre Él.

¿Qué es eso de ser infinito?.

Respuesta: Lo que tiene medida no es infinito. El mundo tiene medida. Luego por muchas medidas, distancias y profundidades que tenga siempre será finito, limitado. Una cosa limitada es limitada en su poder. Y nunca tuvo el suficiente para poderse dar a sí mismo la existencia. Luego del Dios que hablamos no puede referirse nunca a este mundo de galaxias y soles.

Ahora bien, si el mundo no es Dios y es limitado, tuvo su existencia recibida de otro ser superior a él, Y lo que fue ayer, es hoy y puede ser mañana, en el tiempo y espacio,

salió de la nada donde no había ni antes, ni presente, ni futuro. Por tanto solo un ser de poder infinito pudo sacar de la nada algo que no era y darle la existencia. Y este ser necesariamente sustenta tal potencia infinita en una naturaleza propia e infinita pues de lo contrario no podría haber sacado de la nada a cuanto existe independiente de Él. Luego Dios, Creador, es infinito, no puede tener ni principio ni fin, solo un *es* eterno, un *acto puro* sin potencia que le precediera...

Ante este Personaje que entra en escena, nos encontramos a gusto. Desde tiempos inmemoriales también se sintieron a gusto, aunque los poderes divinos los vieran en las fuerzas de la naturaleza, en el rayo, en la tormenta, en el mar, en los ríos, hasta en algunos animales forzudos que se daban a respetar. A los romanos se les ocurrió divinizar a algunos de sus emperadores. Así que la idea de Dios siempre existió aunque fuera deformada a gusto de los hombres y a tenor de la deformación moral de ciertos humanos, por cuanto a vicios y pasiones les daban la categoría de divinos. La Historia tiene muchos y variados ejemplos.

Se puede afirmar que siempre, hubo en el hombre un absoluto que adorar. El ateísmo propiamente dicho era difícil de encontrar. En último término, si no gustaba un dios determinado, se fabricaba otro a medida. La idea de Dios, incluso en tiempos recientes, no es negada sino que más bien es estudiada la influencia de la idea de religión en la sociedad, sus efectos en esta, cómo se interpreta, pero el choque de frente, desde un materialismo cavernario, se deriva hacia lo que la idea de religión perjudica al desarrollo de la sociedad. Pero con todo, el hombre no ha renunciado personalmente a un absoluto que toma de punto de referencia cuasi divino. Simplemente hay un cambio de apreciación. El ateísmo, en la práctica, como renuncia o negación de un absoluto, no se ha dado aún.

Dicho esto, ese absoluto que llamamos Dios, se ha relacionado con el mundo creándolo y se sigue relacionando con el mundo, incluido el hombre, manteniéndolo. Luego al depender el hombre con su inteligencia de un absoluto creador, establece una relación que no está lejos de ser considerada como un orden óntico, metafísico, psicológico, teológico, etc. donde la Causa es la inteligencia, el hombre y lo demás, los elementos ordenables y el fin la Gloria del Creador, esto es, Dios.

Como una cascada discurre este orden hacia la existencia y hacia la esencia de cada cosa creada. El hombre se hace fuente y depósito de él. Es colocado como árbitro y señor de todo lo demás creado, el único de este mundo que ha sido creado a imagen y semejanza del Creador.

Todo esto lo dice la razón porque pensar lo contrario es caer en el error más flagrante que se pudiera dar. Quedaría descolocado el hombre dentro de lo que existe. En verdad que no puede ser dueño y señor de cuanto existe y disponer de ello a su antojo, pero tampoco es esclavo de lo demás creado.

Las formas de relacionarse un hombre con lo demás tiene su modelo en el mismo Dios. Dios creó sin necesidad de tener que hacerlo. Dios amó su obra y la mantiene con providencia exquisita, dotándola de todos los medios naturales para que se mantenga existiendo y no vuelva a la nada de donde salió.

El proceso del orden en esta quinta etapa tiene algo que no tienen los demás órdenes. Su autor es Dios. De Él se desprende el proceso del orden. Pero su fin es el mismo Dios, su gloria. No puede ser de otra manera. Así que es salir y volver al mismo “sitio”.

Cuando el hombre mira al cielo y descubre la multitud de estrellas que lo llenan,, cuando se pregunta qué pinta tanta luz colgada del firmamento, se le ocurre que él es demasiado pequeño como para saber el significado de tanta belleza. Desea conocer al autor de todo aquello. No se lo inventa a medida de su necesidad. Pero espera que de alguna forma le hable y se lo comunique él mismo. Se entera de que Dios habló al hombre. Corre en su busca y encuentra a un pueblo a veces unido, a veces disperso por el mundo que afirma que Dios les habló y que son su pueblo. Que les dio unas leyes y unos mandamientos. Que resulta que dichos mandamientos tienen aplicación perfecta a la conducta del hombre. Y que ese Dios, ha prometido premiar a aquel que los guarde y cumpla y castigar a quien no lo haga.

Investiga más el hombre y se entera que hubo un hombre que se llamaba Jesús y que se decía ser Hijo del Dios, y que era Dios como su Padre del cielo y que era una misma cosa con él. Se entera de que predicó una doctrina fundada principalmente en el amor y la justicia entre los hombre y ve el hombre que busca a Dios, que dicha doctrina es admirable, que no tiene acepción de personas y que todos somos hijos adoptivos de Dios. Que este Hombre-Dios, fue muerto en una cruz, acusado de blasfemo al reconocerse ser Hijo del Padre, Dios Encarnado, hecho hombre por facilitar las cosas tan importantes como la salvación eterna de la humanidad y para que la paz y el amor reinaran en el mundo. Una salvación que no sería volver a la nada de la que le sacó el Creador, sino a su seno, a su corazón, a su esencia y en ella asociarse a la actividad o acción divina que sigue sin descanso persiguiendo al hombre para darle nueva vida, hasta el fin de los tiempos.

Se entera el buscador inquieto con que ese Hombre-Dios, tras de ser ejecutado, y estar hasta el tercer día en un sepulcro custodiado, resucitó por su propio poder, sin que el Padre lo abandonara a la muerte donde la vida terrenal del hombre termina. que se apareció en varias ocasiones y a muchas personas juntas, que subió al cielo y se despidió del hombre hasta su segunda venida como juez supremo para impartir su justicia, separar la cizaña del trigo y poner a cada uno en su sitio.

Pero el hombre que busca no se cansa. Sigue buscando y se encuentra con que sus apóstoles y discípulos viven en comunidad, hacen lo que les mandó el Resucitado, y una Iglesia se inicia en medio de un mundo desconcertado. Hasta ahora las instituciones habían sido creadas para mandar y poder sobre los demás. Ésta, la Iglesia del Resucitado nacía como una institución al servicio de los demás, amados en caridad, sostenida por las gracias que Dios derramaba sobre ella.

Examina la historia y aprecia el paso seguro en la fe y en el amor al prójimo. No han faltado baches en los de arriba como en los de abajo. Pero la Iglesia está ahí esencialmente la misma que la surgida de las manos de Cristo, su Fundador y que puso en las manos frágiles de uno de sus apóstoles, San Pedro, al que le suceden otros hombres débiles que caen y se levantan pero que el Evangelio sigue siendo el mismo, el amor el mismo, los actos heroicos los mismos y la santidad se diversifica en todos los niveles sociales

La Iglesia como institución divina tiene consigo la eterna verdad que es la del Espíritu Santo que la inspira y le da ánimo. Como institución donde lo humano se encuentra más hijo de Dios, más cercano a la eternidad, sigue luchando en su calidad de militante, por conseguir completar en el mundo una redención que desprecia el pecado y acoge la gracia como garantía de vida de Dios en nosotros.

Sigue nuestro buscador y se encuentra con que en medio de la Iglesia hay siete fuentes de las que beben sus fieles, fuentes que tienen un valor sobrenatural, pero también natural que favorece con eficacia la convivencia entre los hombres de buena voluntad.

Por el Bautismo el hombre se apunta a una vida por encima de los egoísmos, algo que puede conseguir imitando la vida del Resucitado, su Fundador.

Por la Confirmación, hace una confesión de fe en esta certeza y se dedica más plenamente a dar testimonio de ella. Sale de sí hacia los demás. Y el dar ejemplo ya es la indicación de una vida que se puede vivir en plenitud, un camino a recorrer.

La Penitencia, no puede estar más claro su fin de reconciliación con Dios el Ser Absoluto, el Orden Absoluto, del que se olvidó en algún momento y además una reconciliación con los demás órdenes que ha de ver en sus hermanos los hombres.

La Comunión o Eucaristía, es asimilación vital, de la misma vida de Cristo, la posibilidad de que Él no ya solo sea modelo sino que viva en nosotros mismos y en nuestra alma tenga su morada. Es un sacramento que nos da lecciones de entrega, de acercamiento a su cruz, de identificación con la víctima que se ofrece al Padre a diario implorando el perdón y gracia para los demás hombres. Es fuerza y aglutinante. Es ponerse en el estado de víctima que se inmola generosamente. Es pan para el camino. Para que los demás nos coman y tomen nuestro servicio como alimento que da nuevas energías.

La Unción de los Enfermos, cuando ya está cercana la meta. Cuando la lucha puede ser la última. Por eso se nos unge con aceite como a los luchadores antiguos. Pero también se nos unge como antiguamente a los reyes elegidos por Dios para su pueblo. Porque, dado el paso final, entramos en un Reino, el de Dios, y no lo hacemos como esclavos sino para reinar con Él.

El Orden Sacerdotal, algo que le llama la atención. Ya no es cuestión de salvar la propia alma, sino la de los demás, dándoles a conocer el mensaje que el Maestro nos dejó. El sacerdocio que atiende el templo de Dios, que interviene en el sacrificio de las víctimas que ofrece al Padre, y que en este caso concreto, la única víctima Cristo ofrecida para remisión de nuestros pecados y la concesión de sus gracias que hermosarán nuestras almas.

El Matrimonio. Dos corazones que se aman. Dos vidas que se unen. Que se aguantan que se complementan, que se animan y dan a Dios otros órdenes, hijos, para que su gloria sea completa y su creación se siga realizando por la procreación.

Fortalecido el hombre por las siete fuentes que hay en la Iglesia, se siente más preparado para entender que la quinta etapa no es más que la aplicación de la lógica de

Dios al hombre, de su aceptación por parte de este y la voluntad de que los demás órdenes con sus procesos incluidos, tengan un profundo sentido cuando se activan. Los fines, las metas, desde este momento, no han de ser solo y por solo lo material, incluso por solo lo creado. Debe ser por Dios, por lo que está de su parte, de su honra, de su gloria.

Ya no es cuestión de escudriñar los entresijos lógicos y técnicos, que siguen siendo importantes, pero que de nada sirven al hombre como orden abocado a una vida eterna. Habrá que preguntarse por la posibilidad de alcanzar cada meta que se nos ponga delante, pero sin olvidar que se incardine dentro de la órbita de Dios, de nuestro fin último, del bien de nuestra alma.

No sirve ganar todo el mundo si al final se pierde el alma. Trabajo escusado. Y esto conlleva una grande y grave responsabilidad. Solo desde nuestra vida espiritual, desde los postulados de la fe en Dios, desde los Evangelios, puede moldearse la voluntad humana y ponerse al servicio de los demás.

Resuenan aquellas palabras de Salomón. Todo es vanidad de vanidades. “*Vanitas vanitatis et omnia vánitas*”

Cierto que la técnica va por una parte y en su propio ámbito se desarrolla. No se puede rechazar, dada la naturaleza de las cosas y de los órdenes que la exigen como medio vital de sobrevivir. Pero la recta intención de agradar y dar gloria a Dios, no le impide cumplir con su cometido normal. No viene mal en un mundo materializado, espiritualizar y enderezar las voluntades hacia la complacencia divina. Seríamos más humanos y la sociedad misma se alegraría de esto.

Encontrar el camino adecuado y la orientación verdadera que al alma se ha de dar y a la inteligencia se le debe imponer, es algo básico en este mundo en que se ha renunciado a la trascendencia sobrenatural a la que está llamada toda criatura. Se nos ha querido llenar la cabeza de nada y más nada, de salidas de estas, del lanzamiento hasta el mundo, de encontrar en este nuestra propia, libre y a la vez necesaria autocreación, logrando con ello, un salir y volver a la nada sin dejar rastro de nuestra incorporación a la vida divina. Se ha intentado hacer todo esto a través de un sistema anti-intelectual, más bien pre-intelectual, donde la inteligencia es relegada como instrumento inservible, cayendo el hombre en una esclavitud de sí mismo, para sí mismo y por sí mismo. Nos hablan de una necesidad libre y de una libertad necesaria. De una *autocreación* que es como andar sin piernas, un ver sin ojos, un oír sin tímpanos. Se ha elevado la nada a la categoría de ser algo y por eso el mismo sentido que se nos ofrece de la misma es contradictorio.

Porque o es nada o es algo. Y si es nada, ni tiene medio ni inteligencia, para salir ni entrar en ella. Al hombre se le ha ofrecido todo esto montado en una especie de intuición pre intelectual, donde se encuentra lo que debiera recibir por otro medio racional e intelectual y no por un medio que no es ni medio ni fin de nada en concreto. La existencia quiere desplazar a la esencia. Porque la esencia supone inteligencia que averigüe el contenido y el ser de las cosas. El hombre por esto no puede encontrar orden alguno cuando se queda en su investigación, si es que la hay, en la contemplación de una foto estática de la realidad. El existencialismo materialista, no entiende de orden sino de *rut*as artificiales que ni *rut*as son. Más bien son necesidades que no se pueden

impedir libremente y que con todo hay que ayudarlas a realizarse con una propaganda y con una violencia inconcebible y contradictoria. La figura del Absoluto, de Dios queda lejos y como el capricho de solo algunas personas fuera de la realidad.

Para algunos materialistas la idea de Dios es un invento, más bien la respuesta a una necesidad que el hombre tiene. Ya sería bastante, saber que el hombre tiene necesidad de Dios. Pero sería mucho conceder a las posibilidades humanas de encontrar una razón o causa razonable de su existencia y modo de ser. Se dan cuenta de esto y llegan a afirmar sin vergüenza alguna y sin reparo, de que todo lo que existe es materia y por tanto en este conglomerado material no hay espacio ni lugar para la idea de Dios y menos para su existencia. Dicen que se rompería la unidad o cohesión de la materia, se resquebrajaría. No se dan cuenta de que afirmar esto ya están actuando al dictado de una inteligencia espiritual que no admiten. Pues si es todo materia, la concepción de lo contrario también sería material. Y pensar en contrario donde la materia no puede trabajar en contra de sí misma, parece aventurado y juego de niños admitir tal posibilidad. Si esta singular opinión fuera solo materia, equivaldría a parecerse a una gota de tinta, o de agua, o de cemento, o a un mendrugo de pan, a una piedra que cae y se deposita en algún lugar en un tiempo determinado, como una carta que se pone encima de la mesa para apostar por ella. Algo muy prosaico y nada luminoso como fuera una buena idea.

El hecho de darse en la realidad lo que llamamos opinión, contradice su naturaleza si solo admitimos que la materia es lo único existente. Lo más parecido sería que uno con una tarta se la estampara en la cara a otro asegurándole que aquello es su opinión.

Las confrontaciones, por no decir las discusiones, serían darse tortazos. Imposible que esto se pudiera equiparar a un orden.

Dicho esto, se nos argumentaría que cómo siendo Dios absoluto orden, requiera elementos ordenables, cómo se podría dar esta circunstancia siendo Dios simplicísimo que ni esencia ni existencia se pueden dar en Él, como cosas distintas o separadas. Y ni tampoco la potencia y acto fueran en Él cosas o estados, o momentos distintos.

Cierto que Dios es simplicísimo. No tiene ni puede tener partes. Luego si es orden absoluto, los elementos ordenables no pueden distinguirse de esa simplicidad. Y por tanto deben entenderse de otra forma a como se entienden entre los seres creados. Mi opinión al respecto es que en lo creado el motivo de que los elementos se ordenen es por razón de un fin que se seguiría de esta ordenación. Ahora bien, en Dios, todo fin, como bien que es, existe ya antes que los elementos en la misma esencia divina, esto es en su simplicidad. Y son fines que están allí sin haberles precedido potencia alguna anterior. Por otra parte, estos fines que equivalen a todos los de las criaturas creadas, forman parte de la esencia simplicísima de Dios. Por tanto, no existen elementos en ella que necesiten ordenarse para conseguirlos, sino que ya están presentes en la esencia de Dios. Por ello, queriéndolos o deseándolos Dios ya constituye un orden. Pero es que en el Ser Absoluto, no hace falta deseárselos ni quererlos ni amarlos. Están allí tal como deban estar y sobran procesos hasta llegar a ellos. Otra cosa es cuando Dios ama lo que ha creado. Lo creado no forma parte de su esencia. Pero sí es efecto de su virtud o poder. Dios no es duro como el acero ni claro como el agua. Dios está por encima de todo eso. Y solo cuando se hace como uno de nosotros asume nuestra naturaleza de tal manera que quien “ me ve a mí, ve a mi Padre que está en los cielos y que me envió”

Dios, pues amándose protagoniza el orden más perfectamente concebido. Dios es plenitud y por tanto el bien que lleva consigo la meta para la que se ordenan los elementos, está en Dios desde toda la eternidad. En Dios ordenador, elementos, meta y bien, ejecución, etc, es todo una misma cosa. No hay tiempo de ejecución, ni de programación, ni de desarrollo. La eternidad tiene sus caprichos.

Si el orden en sí es algo bueno, aunque el proceso vaya dirigido a una meta mala, es imposible que en Dios se de este mal que el hombre persigue obcecadamente. Con más razón si tenemos en cuenta lo anteriormente comentado. Porque si el orden en Dios es de distinta manera a como está en el hombre, mucho menos ha de estar el mal que el hombre puede hacer, en contra de la misma naturaleza recibida de Dios Creador o en contra del mismo Dios con rebeldía satánica.

De aquí arranca de que Dios lo pueda todo, porque todo lo posible es acto en Dios. Otra cosa es que al hombre le de la oportunidad de participar de ese poder divino en la forma y modo que Dios le marque. Los Diez Mandamientos, ya fueron y son una señal inequívoca de la voluntad divina. Y para aquellos que los cumplen y quieren ser perfectos como el Padre celestial, solo les falta el dejar que la gracia actúe en ellos y la Ascética oriente en cada caso y momento.

A través de lo que ya Dios nos ha dicho y enseñado por medio de su Hijo, el hombre puede ordenarse hacia Él y en Él y por Él ordenarse a los demás seres. El amor primero es a Dios sobre todas las cosas. Después viene el segundo Mandamiento que es el amar al prójimo como a nosotros mismos. Por supuesto que uno se quiera a sí mismo de forma correcta conforme a la manera que Dios quiere que lo hagamos. Porque hay gente que no se ama a sí mismo, se abandona, se pierde, se engolfa. No puedes amar así a quien está a tu lado, a tu prójimo.

De todas formas aparecen ante lo dicho, dos metros, dos medidas y hasta dos criterios para que el hombre se ordene y ordene lo que no es él. Aunque siempre que se ordene a lo demás como se ordena uno a sí mismo, es como si formara parte integrante del que ordena. Cuando una persona concibe un orden para conseguir una determinada meta, no se sentirá libre completamente al margen de los demás, porque el bien propio está condicionado al bien de los demás y el bien de los demás debe llevar en su viaje un pasajero tan especial como es uno mismo. He aquí la relación entre órdenes que impide que el orden vaya a su aire cayendo en el egoísmo más claro.

La quinta etapa, no puede impedir que libremente se establezcan órdenes independientes, pero recomienda e invita a que se tengan en cuenta los demás órdenes, por razones meramente humanas y por razones aprendidas a través de la voluntad de Dios que se ha manifestado al hombre. No se contradicen los órdenes entre sí. Solo cabe contradicción en la meta que se consigue o se propone. La intención del ordenador tiene mucho que ver en esto.

Un hombre responsable y de fe actúa como los demás, pero hay un algo oculto en la misma médula del proceso ordenado que lo distingue de los demás procesos. Cuando una sociedad decae, los hombres siguen comiendo igualmente por la boca, las tertulias son siempre entre amigos o correligionarios, pero los instrumentos. usados para conseguir el mismo fin son tan variados como los distintos fines son tan distintos por los únicos instrumentos que se han usado.

Los hombres plantean sus problemas de distinta manera. Y son problemas para unos y no para otros. Por esto el único faro que alumbra es la luz que mana de la consideración del Orden Absoluto, tan universal, donde caben toda suerte de fines e instrumentos o elementos ordenables hechos por un único autor divino. Porque cuando danzan a la vez varios absolutos, se pierde el compás y se inician los órdenes desde puntos diferentes y hacia metas tenidas por buenas por tan solo unos pocos.

Esto se quiere identificar con la llamada *diversidad*, tan justificada como lo son los caprichos y obligada aceptación de la más cruda barbaridad. La diversidad no es buen manjar recomendado. Porque a veces se defiende para justificar conductas individuales que reciben con más agrado el calificativo de diversas posturas ante la vida, que el reconocer que lo que se trae uno entre manos es un auténtico error, una falta de solidaridad, un desprecio hacia el prójimo que se ha de amar como a sí mismo, etc.

La *diversidad* mal entendida trae consigo la *relatividad*. Todos tienen razón. A nadie se le ocurre decir que piensa en parte igual o coincidiendo con otro. En política por ejemplo, sería perder muchos votos si alguna razón tuviera el que tiene el gobierno en sus manos. Sería una humillación, porque su opinión es única y desconoce que sea de género dependiente de algo o alguien que sabe más por estar más informado. Y como todos tienen razón, sin participar de la verdad absoluta que solo en Dios existe, todos opinan, el contrario se equivoca, y aquí lo que hay que hacer es dar un puñetazo encima de la mesa e imponer disciplina de criterio y de voto..

Tras de ese *relativismo*, donde todos tienen la razón y no parte de ella, viene la no participación en el *esquema general* de convivencia y las cosas van cada una por su sitio sin lograr la fuerza que da la coincidencia dentro del mismo *esquema* de gobierno, mirando tan solo al bien común de la sociedad.

Desde este estado de cosas, a la pobreza, a la falta de recursos, al progreso que se trunca, solo hay un paso. Se aspira a acuerdos que llaman de estado. Pero siempre hay pequeños *esquemas* concebidos desde una mentalidad cerrada en políticas de partidos y pequeños brotes de discordia.

Cuando esto ocurre, al hombre de la quinta etapa, le basta la consideración de una Constitución Universal con suficiente fuerza interna y que abarca las más extrañas circunstancias de la vida del hombre para poder vivir dentro de ella y ella dentro de nosotros como un espíritu o un alma dentro de la misma sociedad que día a día la vivifica y fortalece. Es una Constitución que comprende a todas las demás y en tan solo diez artículos claros y escuetos: *Los Diez Mandamientos*. Y si alguien sueña con una sociedad humana perfecta y la quiere llevar hasta las más altas cotas de la perfección, los Tres Consejos Evangélicos. Pobreza, Castidad y Obediencia.

Todo un revuelto con salsas de amor, envidia de quines no salen de sus platos rutinarios. Problema social resuelto. ¿Quién se atrevería a contradecir esta verdad tan ansiada como olvidada de poner en práctica?.

Ante esta negación de aceptación de estos principios de comportamiento humano, aparece con toda su fuerza algo que más que sustituirlo lo quiere borrar del mapa de la consideración ética y humana. El *laicismo*. Nada que huelga a religión, a fe, a

compromiso con Dios. Solo el hombre como fuente responsable de conducta y de proceder. Ya no se necesita andar fuera del hombre preguntando por qué y para que existe. Toda respuesta se encuentra en el mismo hombre. Pero lejos de los Mandamientos. Porque el hombre es libre de hacer lo que quiera y es responsable ante sí mismo. La norma es una piedra en el camino. Y el obrar es ya libertad plena. Que nace y muere con la obra. De la nada a la nada. Pero no importa porque otra obra aguarda ser arrojada al mundo que lleva las mismas trazas. Y después otra y otra más. Pura actividad sin consistencia ni permanencia en algo que vea pasar a su lado la vida y actividad de las demás cosas.

Con esta mentalidad es imposible concebir un orden, un proceso encaminado a la consecución de un fin distinto de sí mismo, y como consecuencia la vida se para. Para que no ocurra esto hay que inventar hechos consumados buenos o malos, pero hechos que hablen por sí mismos. El diálogo tradicional, el modo de entenderse los hombres hablando entre sí, se hace imposible. Y solo el que más fuerza tiene puede imponer su opinión. La de los demás no vale porque viene infestada por el interés y el egoísmo. Entonces hay que hacer un acto de fe y es creer que solo nuestra acción está libre de intereses, que es imparcial, y que se obra sin interés alguno. Que es lo mismo, sin causa final alguna. El hombre es una máquina. Y es pecado que piense libremente. Debe ser incorporado al engranaje de la gran máquina del mundo. La humanidad se disuelve en sí misma como un azucarillo y la convivencia es un recuerdo del pasado.

Este *materialismo* se adueña de todos los niveles y esferas. Las virtudes son solamente debilidades, concesiones a la naturaleza corrompida del hombre y el perdón es complicidad con la injusticia.

Pero el superhombre de papel, volandero en manos de cualquier viento, se adapta a unos nuevos intereses ideológicos, que de ideológicos se han convertido en billetes de uso corriente. Tan solo algún contado soñador de utopías se encuentra en la barricada de la protesta. Los demás, se guían por el instinto del *consumismo* enfebrecido de una vida vivida personalmente y predicada para los demás. El día en que los niveles coincidan y el utopismo se incorpore a la vida real, la lucha perderá fuerza reivindicativa. Porque solo en un estado de desnivel y desequilibrio verdadero o falso, real o inventado entre soflamas, puede darse la revolución que promocionan.

En el *esquema de orden* que se quiere crear en medio de este *totum revolutum* no puede darse el hecho de unos elementos ordenable donde la sana crítica pueda intervenir eligiendo a los más próximos al fin que se persigue o a los más adecuados para que su interrelación no chirríe. La necesidad fisico-química, en último extremo, es la que manda y dispone. No vas acá o allá, sino a donde te conduzcan. Programarte una vida es saltarse las reglas de la convivencia sin contar con el proletariado en general. El "óptimo", según las circunstancias, es un recurso táctico, para imponer lo que no se puede evitar. No es acción prudente que condiciona el modo de obrar ordenado. Porque el orden tal como lo entendemos aquí no es admisible. La barca que mueven no es a base de acariciar el agua con los remos, sino el resultado de estrellarlos una y otra vez contra la superficie del agua.

Todos se quejan de la falta de oxígeno social. Porque todo es impuesto coactivamente y la gente no hace ni obra a gusto. Solo los que no han pasado por esta limitación de la libertad son los que critican la actitud *reaccionaria* de los demás. Se impone la *ruta* con

todas sus consecuencias. Pero el orden, aunque se hable de él, no se da al faltarle ese aire de libertad que conlleva siempre, esa elección libre de los medios, esa elección libre de las metas, esa voluntaria persistencia en que todo vaya transformándose en un “lo que debiera ser”, procedente de un frío “lo que es”.

LOS PROBLEMAS DESDE EL PUNTO DE VISTA DEL ORDEN.

Problema y desorden son primos hermanos. Problema y solución son elementos y metas que tienden a compenetrarse.

Ante el planteamiento de un problema, hay que contar con los elementos que se nos facilitan y que a partir de ellos, hay que hallar una solución adecuada y dar una respuesta a la pregunta que se nos hace.

Un problema planteado no supone necesariamente que sea un desorden. A lo más es un orden en potencia cuyos elementos hay que combinarlos de tal manera que equivalgan a la solución que se pretende. Con la solución desaparece el problema. Aunque esta pueda ser constitutiva de la cuarta fase, esto es, se comience otro nuevo proceso a partir de ella y como si fuera un nuevo “lo que es”, se lanzara a la conquista del “lo que debiera ser”. De esta forma se abre un camino largo que cada uno corona según saber y entender, según se pueda o no, etc. . Por ejemplo, construido el alfabeto, se procede a la construcción de las sílabas; tras de estas, las palabras; y tras de estas las oraciones, simples, compuestas, subordinadas o no etc. Este orden sería parecido a tierra, mina, metal, lingote, planchas de metal, electrodomésticos, etc. Hay una transformación continuada a partir de una materia prima. Y a cada momento que tiene una variación, llamamos “fase”. El desarrollo de un *esquema de orden* tienen lugar en el momento en que estas fases se van consiguiendo poco a poco y aplicando debidamente. Toda solución ha supuesto un camino anterior empedrado de fases. Por esta seguridad en la composición de la solución, se distingue de hecho en sí considerado, que aparentemente no tiene raíces, está aislado, y sin embargo es fruto de alguna causa cercana e inmediata que no conocemos aún. El estudio metódico de los elementos que componen un *esquema de orden* es lo que origina las ciencias dependiendo la naturaleza de las mismas de la razón formal como se estudie y trate a estos elementos. Cuanto mejor sean conocidos los elementos ordenables más seguridad nos darán del éxito futuro. Los tiempos son muy importantes para el desarrollo de unos *esquemas*. Pues con elementos adecuados si se aplican inoportunamente en tiempo y lugar no apropiados, el fracaso está asegurado. Por ello, el político, el científico, que mida sus tiempos, tiene garantías de éxito más que el que dice verdades de a puño y las dice cuando no vienen al caso.

En el orden divino los tiempos no cuentan pues es eternidad lo que hay. Sin embargo cuando tuvo ocasión de encarnarse, fue en un tiempo adecuado. Pues fue el momento que asumió nuestra naturaleza creada por Él en tiempo y lugar. Cuando nos creó, las cosas comenzaron a ser y suceder ininterrumpidamente. El tiempo iba con ellas y el lugar que ocupaban también. Eran naturalezas distintas de Dios. Y Dios vio que aquello era bueno. Al final, creo al hombre en pareja hombre y mujer y los creo a su imagen y semejanza.

Dios al elegir a un pueblo determinado para sí a partir de Abraham se hizo cargo de su gobierno y mediante su palabra revelada le instruyó y administró justicia y haciéndole

promesas de hechos futuros sobre todo los referente al futuro Mesías, Rey y Salvador cuyo reino no tendría fin.

Dios desde el momento que puso su mirada en lo creado, y en este caso en la historia de Israel, fue aportando elementos debidamente ordenables conducentes a su gloria divina y a través de los acontecimientos que en el tiempo tendrían lugar. Los patriarcas y los profetas, los reyes y los jueces, todos se dirigían a un punto de confluencia, hasta el Mesías.

En el Antiguo Testamento se constata que mientras Israel fue fiel a la palabra de Dios, marchó en paz y se mantuvo feliz. Cuando se desmandó y se dedicó a otros dioses olvidando a su Dios verdadero, las derrotas, los exilios fueron frecuentes.

Con la llegada del Masías, una nueva luz iluminó las conciencias y una nueva fuerza mantuvo unidos a multitud de seguidores que permanecen así hasta ahora.

Fue el mismo Dios quien habiéndose hecho Hombre sin dejar de ser Dios, nos marcó un camino que, a partir del amor al Padre y el amor al prójimo, lo demás estaría conseguido de una manera perfecta. El *novum mandatum* se impuso como enseña de los discípulos del Crucificado. La caridad y amor era la principal virtud, sin la que las demás no eran nada. Por ello, cuando hablamos en la quinta etapa de trasladar el obrar de Dios a nuestro obrar, es sencillamente poner en práctica la caridad, que es amor a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros mismos.

Habría que preguntarse antes de elegir y seleccionar elementos ordenables si estos son conformes a la caridad. Se nos dirá que hay ciertos problemas que nada tienen que ver con la moralidad. Entonces habrá que mirar si esa física o química se eligen como elementos ordenables para un fin bueno o malo, O sea que no son solo los elementos ordenables los que hay que tener en cuenta sino el fin que nos proponemos con ese *esquema* de orden. Porque el fin es lo que califica a la acción conducente de buena o mala. Si no fuera así la bomba atómica sería de todas maneras justificada en su puesta en marcha arrojándola sobre las ciudades. Sin embargo la fusión nuclear sería maravillosa y moralmente permitida si se emplea para fines pacíficos, como por ejemplo para la obtención de electricidad. Podemos asegurar que cualquier acción del hombre es susceptible de ser interrogada desde los principios morales donde los fines y los medios están relacionados estrechamente.

El hombre que se precie de ser católico o cristiano no puede ir por ahí con el Evangelio colgado a la espalda. Sino que lo ha de guardar y consultar con frecuencia por ver cómo Cristo haría lo que él intenta hacer. La quinta etapa aparecerá con todo su esplendor remozada con nueva luz venida del cielo y sostenida por la fe del hombre que sabe que más allá de sí mismo Dios le espera complacido en sus buenas obras.

La Iglesia ha entendido esto de maravilla. Se ha convertido en el referente moral a nivel mundial. La opinión de los Papas es respetada y respetable. Sus encíclicas y sus gestos personales son analizados con lupa. Y a veces, parecen que esas opiniones pontificias van contra corriente, pero a la larga todos entienden que son las soluciones más adecuadas porque son palabras del mismo Cristo que tienen valor de vida eterna.

Cuantos problemas humanos tenga el hombre, la Iglesia tiene su respuesta o solución.

Al menos la orientación adecuada y el camino que se ha de seguir para solucionar problemas y salvar dificultades. Todos los problemas internos que pudieran existir dentro de la Iglesia o con relación a las posturas dogmáticas e incluso con otras creencias, suponen una carencia aún no superada, de *esquemas* ordenados para la comunión y unión compartida. Si analizamos el origen de los cismas, faltó contraste de opiniones y sobró aferramiento a las posturas que cada uno defendía. El peligro de este diálogo estriba en que lo que defiende una parte no es su postura sino la que defiende Dios mismo desde su propia revelación. Y las cosas se complican más, cuando ambas partes en litigio o simplemente en desacuerdo toman la iniciativa en nombre del mismo Dios. O sea que ya no es que yo diga esto o aquello, sino que es Dios el que lo dice. El problema entonces no está en la postura defendida sino en la interpretación que haya hecho cada uno de la voluntad de Dios, manifestada en la Biblia y en la Tradición. La postura personal desaparece, y se convierte en postura intelectual. Ya es bastante camino el recorrido si en estos términos se plantea un determinado problema. Pero el apego, la costumbre, lo que se ha oído siempre, ha hecho naturaleza en los fieles y esto vienen acompañado de una inquietud interior que raya en lo poco seguro de sus creencias. Solo una catequesis adecuada sobre esta clase de problemas es imprescindible para despejar un camino que en realidad es más fácil que lo que aparece.

Nuestro concepto de orden favorece el entendimiento entre las personas al convencerlas que un orden pide otro superior. Así si la creencia hasta hoy ha sido basada en ciertos dogmas, es cuestión de que los que se añadan son otros órdenes que vienen a perfeccionar y completar a los ya existentes. Y todo esto para gloria de Dios único y Padre de todos.

LA QUINTA ETAPA ES LA CARIDAD PUESTA EN ACCIÓN.

Venimos a la caridad, no por ser más o menos religiosos. Por saber más o menos de catecismos o teologías. Venimos a ella solo y exclusivamente porque forma parte del alma y espíritu de la quinta etapa en un *esquema* de orden.

Recurrimos al Evangelio y tomamos de él una sola frase. “Dios es caridad.”

No es que veamos a Dios con una alforja repartiendo bocadillos entre los pobres. El decir que Dios es caridad o amor, queremos hacer referencia a su naturaleza divina. Y no se dice, “Dios tiene”, sino “Dios es”. Son cosas distintas.

Por tanto si cada uno obra según lo que es y permite su naturaleza, toda obra de Dios es de amor. Y si resulta que estamos invitados a ser perfectos como lo es el Padre celestial, quiere decir que debemos obrar como Él obra, con amor y por amor.

Como nuestro modo ordinario es obrar con orden, tal orden deber ser procurado con amor. Otra cosa es que se escriba en un papel, que se haga a especie de un plan, o que se llamen elementos ordenables los que intervienen como medios para conseguir algo. Eso es otra cosa. Lo principal es obrar con y por amor. *Con* medios amados y que inspiren amor, *por* un fin que sea amable.

Dicho esto, los problemas sobre todo humanos hay que tomarlos con el amor que se merecen. No es cuestión de alzar la voz, de tirar en cara los defectos de los demás, de denunciar lo que no está probado, lo de exigir siempre sin proponer nunca nada. Es cuestión de revestirse de paz interior, de ordenar nuestras pasiones y controlarlas en el

momento de exponer nuestras ideas, sin defenderlas tan acaloradamente que quitemos a los demás la oportunidad de hacer lo mismo. Se trata de hallar entre todos, los elementos ordenables de un *esquema* de orden compartido y aceptado por todos y esto requiere detenimiento y estudio, imparcialidad y desinterés.

Desde el momento en que en una discusión que no es exposición de opiniones, se malogren las formas y modos y no se escuche al contrario, el esquema de orden común esperado, no llega y se resiste. No hay que confundir el buscar los elementos ordenables que se hace en el momento de elección entre los que se conocen con un “negociar” entre las partes que para algunos consiste en solo ceder a las exigencias del otro. Esta clase de “negociación” no se admite, sin que la otra parte ceda proporcionalmente. Pero en la confección de un *esquema* de elementos ordenables, resulta que nadie cede a nadie sino todos ceden a la evidencia posible de un fin o meta que puede ser intentada por todos.

No debe existir un derecho a obstruir la exposición de una opinión. Toda opinión debe ser escuchada y contrastada. Nunca despreciada. Cuando viene de Dios, con más razón. Debe ser aceptada aunque a la aceptación no se opone el que sea razonada, esto es, cómo esta intervención divina se acomoda a nuestro modo racional de conocer. Solo cuando el misterio ronda nuestra mente, la aceptación y el reconocimiento de nuestra limitación sería un acto maravilloso de humildad. Se supone que cuando hablo de la “opinión” de Dios, es sobre alguna que ciertamente haya manifestado Él por revelación y esté contenida en la Biblia y sea parte del tesoro de la Tradición.

Alguien podrá sorprenderse que este párrafo anterior esté motivado por persona creyente que mantenga sobre la Biblia y la Tradición un concepto que no comparten otras personas. Es posible. Pero hay algo que habrá que quedar claro. Y es que al no poderse el hombre conformar con lo que da de sí su capacidad intelectual, está en razón que si acepta alguna verdad que le ha venido por conducto distinto de la razón, no se contradice con su condición de persona razonable e inteligente. Es más la verdad revelada viene a confirmar las demás verdades solamente alcanzadas por la razón. Y abre un espacio que parece oculto y lejano y que sin embargo contiene una serie de matices sobrenaturales, que al hombre sin ellos, no podría haberlos ni soñado. La Encarnación es un hecho admitido pero trasciende nuestra inteligencia, la Gracia es un hecho que trasciende la razón, la Trinidad es que ni soñada. Todo esto y más que hacemos propio y damos por bueno, hasta ahora, no se ha comprobado que perjudiquen al hombre de ninguna de las maneras. Antes bien da una coherencia al decurso de la vida del hombre, que no le degrada, sino que lo enaltece y siembra en él la esperanza de una vida futura mejor. No creo que tenga más atractivo en estar condenado a la nada a desaparecer por completo y a que ninguna otra vida sea posible después de esta. Mientras hay esperanza hay vida por delante. Y esto no solo anima sino que se conforma más a la psicología del hombre que no solo es materia sino alma espiritual.

Un *esquema* de orden no puede prescindir del contenido de la fe, de la luz que proyecta sobre lo creado. Que el hombre cree, es un hecho incontrovertido. El problema no está en que se de este hecho, sino en la forma en que se vive, por donde habría que analizar las razones íntimas que hacen que el hombre consienta en estas creencias. El tomar como absoluto lo que no es ni puede ser equivale a tener un peligro constante sobre nosotros cuando debamos elegir y seleccionar los ordenables y en la elección de los

finés que nos proponemos. Porque lo íntimamente creído y asumido influye necesariamente en nuestras decisiones.

En política, esto ocurre con mucha frecuencia. Según la idea que se tenga del hombre, de los medios de producción, del trabajo, del sentido del mando y de la democracia, por poner un ejemplo, influyen en la conducta del hombre de manera decisiva. Así se hablan de “medios audiovisuales politizados”, “tertulias politizadas”, “mandos politizados”, “ambiente politizado”, “enseñanza politizada”. Y todo esto, como consecuencia, para que mejor se logre el “adoctrinamiento” del individuo y de la sociedad. Tras de esto, la manipulación del individuo está a la vuelta de la esquina. “Ajutarlo” como se hace con los perros para que se lancen hacia la presa de lo que no es puramente su materialismo, la Iglesia, la religión, la vida de piedad, la predicación del Evangelio, etc. es el pan nuestro de cada día. Si se ahonda en la filosofía materialista, esto es normal, y los que prefieren inclinarse por lo “antisistema”, sin analizarlo, sin contrastar opiniones y hechos, constituyen la frontera del desprecio por lo que la mayoría suele decidir por voto secreto. Las *rutás* que desembocan en esto no tienen ni la categoría mínima de llamarse así.

Este ambiente enrarecido, dificulta la constitución de un *esquema* de orden. Pero no es imposible conseguirlo, cuando tendencias dispares doctrinalmente, por un interés mutuo económico o bien por un bien social se ponen de acuerdo. El *esquema* se constituye y más bien es una *ruta* la que se confecciona. Porque siempre habrá una diferencia diametralmente opuesta en los fines perseguidos, que es lo que caracteriza al verdadero orden. Habrá tiempo de matizar más adelante, pero el desarrollo del *esquema* se hace harto difícil por cuanto la iniciativa de órdenes secundarios aparecen a cada momento tendiendo cada uno para su lado, haciendo difícil la coincidencia de voluntades en un mismo fin propuesto al principio e incluso en lo mínimo exigible como son algún hecho puntual. Y es que a veces se ocultan las últimas intenciones y se camuflan entre leyes que no acaban de ser claras, sino ambiguas, algo que impide la gobernabilidad o al menos la unidad de dirección hacia la meta cívica o social.

Esto en el terreno militar ha llevado a desastres llamativos. Porque faltó la unidad de mando, voluntad de hacer perseverar a los elementos ordenables hasta la victoria definitiva.

Cuando la paz surge, libres de la disciplina militar, aparecen las tendencias de cada elemento ordenable que campan a sus anchas y son tan peligrosas que pueden dar al traste una vez más con la paz conseguida.

La quinta etapa, aunque solo fuera por lo acertado de ofrecer una referencia a una Verdad, Sabiduría, Bondad, Amor, absolutos, se debiera tener en cuenta pues la falta de valores humanos que nacen de las más altas y bellas ideas y creencias, son necesarios para la convivencia en una sociedad donde se opina como método y se decide por convencimiento.

Se impone el amor por ser lo más cohesivo y tendente a la unión y unidad, por ser lo más cercano a los demás, por generar entrega de sí y de lo que se tiene a favor de otros. El amor es desprendimiento, es paciente, es comprensivo, nada critica sino que escucha es un perderse en los demás para enriquecer a los demás, lo que da sentido a todo, etc.

Quedaría enunciada así la quinta etapa:

5ª Etapa. “Dios motor y fin último”. Orden, Óptimo y Constante.

Aún tomando aquí a Dios como a uno de tantos absolutos que se tienen por tal, no está mal que se ofrezca como meta y fin de todo lo que no es absoluto, estos es, relativo, y subordinable a aquel. La existencia no puede quedar al borde de lo meramente natural pues se limitaría a sí misma. Debe intentar de alguna forma, y esta nos la ha dado Dios por su Hijo de asomarse a otra vida a la que hay que renacer, la sobrenatural, de gracia, aquí en la tierra y después perfecta y completa en la eternidad.

Quien diga que esto degrada y quita libertad al hombre está en un error pues no se cercena nada natural que tiene a mano, sino que se le añade algo que no tienen sino por bondad de Dios que nos trata como a hijos suyos. Que esto denigra al hombre por no ser conseguido por él mismo, en este caso todos estamos denigrados desde que nacimos pues dependimos de nuestros padres en todo. Y nadie hay que se avergüence de ello. Con la misma naturalidad deberíamos ver la intervención de Dios en nosotros. Todos dependemos de todos, del sastre, del fontanero, del zapatero, del maestro, del comerciante, del médico, del abogado, del ingeniero, del político de turno, etc. El depender de Dios para poder tener una vida sobrenatural dentro de nosotros y tener fe y esperanza en una vida futura, la verdad es que no encuentro a otro mejor.

Pero hay otra razón que nos impulsa a pensar y admitir algo más seguro que el mismo hombre. El hombre es por naturaleza limitado en sus fuerzas. Tiene poco aguante, se ve abocado a la tentación de la avaricia que cree que le da seguridad, que tiende a la vida cómoda y regalada, que si me apuras pasa de largo de las necesidades de los demás. Cierto que hay excepciones, sin lugar a dudas. Pero el hombre no es lo suficientemente puro como para de por sí dedicarse a hacer solo el bien poniendo en peligro su vida placentera. Admito excepciones.

Cuando en el mundo aparecen ciertos hombres que consideramos santos, su entrega a los demás es humanamente inconcebible. No se entiende si no están sus vidas impregnadas de un espíritu superior que deseáramos para nosotros y que no llegamos a cazar. No digamos si sus obras van acompañadas en alguna ocasión de milagros, hechos que la misma ciencia no puede explicar. El mundo que se detiene en la consideración de esto, queda boquiabierto y admirado cómo puede mantenerse una vida con tan pocas cosas de las que nos costaría a los demás desprendernos. Y esto nos hace pensar. Y esto nos hace ver la mano de Dios cerca de nosotros. No vemos la nada a la que pudiéramos ir sino la gloria que pudiéramos ganar junto a Dios. Se llena el alma de esperanza y estas vidas santas son faros que nos alumbran en nuestro caminar diario

Nuestra vida ya no es un fin en sí misma. Es un paso hacia algo, un caminar hacia una meta determinada posible de alcanzar con ayuda de Dios.

Puestos en camino, nuestros elementos ordenables deben acomodarse a la naturaleza de lo que se quiere poseer. Estamos subidos sobre lo meramente natural. Y con los medios naturales no podemos alcanzar fines sobrenaturales, a no ser que Dios ponga en nuestras manos ciertas acciones que premie si son realizadas conforme a su voluntad. Esto le pasó con frecuencia al pueblo de Dios. Cuando cumplía con lo mandado por Dios, Éste lo bendecía e iba delante de ellos en la batalla contra sus enemigos y peleaba por ellos.

Todo lo contrario ocurría cuando sus voluntades se separaban de la de Dios y recurrían a la idolatría u obraran no conforme a la ley.

Saber cual es la voluntad de Dios en cada momento será el ideal para poder confeccionar un *esquema* de orden. Pero en esta quinta etapa, parece ser que se impone un elemento anterior a todos los demás elementos que es con el que se consigue saber más acertadamente la voluntad de Dios.: La oración.

Por la oración el hombre se pone en contacto directo con Dios. Le pregunta qué hacer y cómo obrar. No dudo de que Dios escuchará al humilde de corazón y al que insiste en su petición. De una forma u otra Dios le dará a conocer su voluntad. Le puede ayudar el consejo de un sacerdote prudente y docto, el estudio del caso conforme a las Sagradas Letras, la interpretación de ellas conforme a la Tradición de la Iglesia, etc.

Cabe una posición interior de entrega, y la obediencia le asegurará que no se equivoca en su toma de decisiones.

Esto que parece tan elemental, ante un *esquema* de orden en ciernes, es obligado. Pues al depender cada orden de otro anterior, y pretender ir de uno inferior a otro superior que de alguna forma lo contenga, es y supone una entrega continua a algo que se le presenta como posible pero que está más allá de lo que hasta ahora ha conseguido. Por eso, la razón de cada fase, paso a paso, se van ejecutando y consiguiendo así las etapas, que unidas, al final se identifican con la solución del problema, que llamamos fin o meta.

A través de este discurrir a partir de la voluntad de Dios escrita o transmitida, pueden surgir otros *esquemas* de órdenes secundarios que vienen a enriquecer el nervio central del proceso. Es muy propio que ocurra en la llamada Teología, ciencia la más idónea para ver donde está la verdadera voluntad de Dios. Ya sabemos de qué otras disciplinas puede valerse la Teología para cumplir con su cometido. La Patrística, la Historia, Estudios Bíblicos, Exégesis, etc.

.Resumimos las 5 Etapas:

- 1ª Etapa: “lo que es”. Orden, Óptimo y Constante.**
- 2ª Etapa. “lo que debiera ser”. Orden, Óptimo y Constante.**
- 3ª Etapa. “lo que debe ser”. Orden, Óptimo y Constante.**
- 4ª Etapa. “perfeccionar lo conseguido”. Orden, Óptimo y Constante.**
- 5ª Etapa. “Dios motor y fin último”. Orden, Óptimo y Constante.**

Con estas etapas queda completa la estructura de un *esquema de orden*. Cada una de ellas está compuesta de un mínimo número de tres fases que corresponden al Orden, al Óptimo y al Constante de cada una de ellas.

Orden:

- 1.- Estadística o selección,
- 2.- Ley o posibilidad,
- 3.- Ejecución Moral o Ética,
- 4.- Fin nuevamente intentado contando con lo ya conseguido.

5.- Elementos permitidos en conformidad de la Voluntad de Dios.

Óptimo:

- 1.- Circunstancias inmediatas,
- 2.- Circunstancias próximas o posibles
- 3.- Circunstancias favorables.
- 4.- Si hay posibilidad.
- 5.- En todo momento..

Constante:

- 1,. Elementos que puedan perdurar en el proceso.
- 2.- Elementos que se puedan alcanzar por el proceso.
- 3.- Ejecutar con decisión y determinación.
- 4.- Si reporta un bien.
- 5.- Que siempre busquen la gloria de Dios y bien del prójimo.

Los *esquemas* vienen a ser constituidos por una serie de cuadrículas que llamamos fases, en número de 15. (3 por cada etapa).

Quince fases básicas pero susceptibles de ser desdobladas o perfeccionadas por otras tantas que vienen a aclarar mejor el camino emprendido o el fin que se pretende.

EL ESQUEMA.

	A.	B.	C.
1 ^a	x.		
2 ^a	x.		
3 ^a	x.		
4 ^a	x.		
5 ^a	x.		

Un ejemplo muy sencillo.

- 1A. Tengo una serie de monedas y billetes.
- 2A. Las donaré a Cáritas.
- 3A. Las ingreso en el Banco y hago una transferencia a su favor.
- 4A. Invito a mis amigos a que hagan un donativo igual.
- 5A Doy gracias a Dios porque alguno ha seguido mi ejemplo, y ha hecho lo que Cristo hubiera hecho.

Pero me comunican de Cáritas que han pasado unos días y no han recibido ningún donativo por el Banco.

3A.(2). Voy a la Oficina del Banco, y pido explicaciones. Me aseguran que obraron correctamente.

4A.(2). Con las explicaciones recibidas me dirijo a los tres amigos que habían mandado dinero y les pregunto si han recibido alguna nota de Cáritas. Me contestan que ninguna pero que a ellos los atendió el Director de la Oficina.

3A.(3). Vuelvo a la oficina y pregunto por la cajera y me confirma que mi transferencia ha sido correcta, pero que el número de cuenta de Cáritas que le di no era el suyo.. Quedo tranquilo y consulto mi agenda y le doy la cuenta con todos sus dígitos.

5A. (2). Procuero ver al Presidente de Cáritas y le digo que por favor, en las cuentas de donativos que no figure mi nombre para nada y el dinero sea procedente de un anónimo. Me da su palabra. Por aquello de “que lo que hace una mano que no se entere la otra”.

Al domingo siguiente de esta gesta solidaria nos reunimos para tomar café comentado de todo un poco. Salio a colación lo de Cáritas y el Banco. Pero mi sorpresa fue que mis amigos mandaron su ayuda no a Cáritas sino a una Ons, más bien Asociación, la de “*Ayuda perentoria*”, pues el director del Banco que solía entender de estas cosas les dijo que lo estaban pasando muy mal y no tenían ni un duro en cuenta. Al final coincidimos en una meta igual, que era el haber contribuido a socorrer al necesitado. Me acordé de que *Ruta* y *Esquema* de orden pueden coincidir en los fines sobre todo y en algunas etapas.

He de advertir que por el ejemplo tan simple que roza la imaginación puede uno darse cuenta de cómo desarrollar un esquema. No hay dificultad para entender su mecánica y poder después ampliar el esquema principal o más bien primero con otros esquemas completos, separados pero interdependientes.

OBSTÁCULOS QUE SE OPONEN AL ORDEN.

1.- El primer obstáculo que se opone al orden es aquello que lo quiere sustituir por una simple *ruta* (*hoja de ruta* que llaman actualmente).

Ruta que es yuxtaposición de etapas que se han de cumplir en tiempo y lugar y que es posible que consiga el fin que se propone pero no de la forma que el orden lo entiende. En la *ruta*, las etapas están acordadas de antemano por dos partes al menos, en litigio o en simple competencia. Puede también tener un promotor o grupo de ellos. En el *esquema* de orden, las etapas se van consiguiendo como resultado de lo que anteriormente se ha ganado.

La ruptura o interrupción de la *ruta* corre más peligro que el *esquema de orden*. Cuando una *ruta* se interrumpe, todo se viene abajo. Sin embargo en el *esquema de orden*, lo que se va consiguiendo se va consolidando por mutuo acuerdo de las partes. Y Puede que en un momento determinado no se quiera seguir pero lo conseguido ahí queda como realización hecha de común acuerdo, poco o mucho.

La *ruta*, por naturaleza tiende hacia un *fin o meta concreto* y, una vez conseguido, pierde su sentido de ser. No así el *esquema de orden*, que, una vez conseguida la meta concreta, aún puede perfeccionarla por la cuarta y quinta etapas.

Normalmente la *ruta* suele conseguir siempre algo material que no deja de ser un bien. Pero el *esquema de orden* puede conseguir eso mismo material y además abre una ventana a la trascendencia para desembocar en la consideración o contemplación de Dios, Orden Absoluto.

Si la ciencia hubiera caminado en manos de un *esquema de orden* se hubiera conseguido mucho o igual para bien de todos pero nunca hubiera terminado en la fabricación de una

bomba atómica. En esto hubo una *ruta* y se consiguió un arma con que vencer al enemigo muriendo demasiadas personas.

2.- Las guerras por naturaleza son fruto de la carencia de confrontación de opiniones y de acuerdos respetables anteriores. Faltaron aperturas de *esquemas*, los que hubieran hecho falta, en que todos los cabos se hubieran tenido en cuenta y todas las razones se hubieran sopesado. Pero cuando un interlocutor no desea esto, la guerra o violencia son inevitables y la paz está lejos. Dicen los entendidos que las leyes impositivas exageradas impuestas al perdedor en la primera guerra mundial, dio origen en parte muy importante a la segunda contienda mundial. Y es que el *esquema de orden*, que tiende hacia lo alto de una meta, su deber es no olvidar lo que tiene más debajo de sí que le invita a continua reflexión y decisión nueva si fuera necesario. Olvidarse de los pasos dados anteriormente es despreciar lo andado hasta ese momento tal vez con muchos sacrificios. Y en una 4ª etapa escudriñadora, los nuevos elementos ordenables que emergen deben ser aprovechados y no humillados.

3.- No quisiera terminar este ensayo sin advertir de otro obstáculo que puede surgir al paso del orden. Si consultamos un buen tratado de Ética, oiremos con sorpresa los gritos de unos y otros echados a la calle, requiriendo imperiosamente el cambio de modo de Gobierno o de Estado. Porque resulta que la base de una buena gobernación estriba en un Estado que sea capaz de crear, mantener y suscitar un espíritu de orden que movilice a todos los componente de la sociedad de una nación, . reino, provincia, región, continente, etc. ¿Por qué?. Por la sencilla razón de que en la sana Ética, el modo de gobierno es indiferente con tal de que el que ostente la gobernabilidad, lo haga bien. Por eso los gritos que se decantan por la dimisión y derribo de una o varias personas, que están en el poder bien entendido, Monarquía, República, Parlamentarismo, por poner un ejemplo, al mantenerse solo en el eco chirrían y toman, cierto, algo importante pero que lo sustituyen por algo aún más importante como es el espíritu con que uno o unos gobiernan y todos obedecen las leyes disciplinadamente. La raíz de la protesta parcial o total de la sociedad, falla porque solo es eso: protesta. Y de tal naturaleza que hacen que los contenedores no suelen, ni aún ardiendo, ser considerados complementos ordenables que modifiquen el espíritu de convivencia que el orden proporciona por la paz que engendra y lleva en sus entrañas. La solución verdadera es que ante los malos *esquemas* de órdenes, en su desarrollo, la oposición parlamentaria de cualquier signo político, sea en el Parlamento o en la calle, ha de proponer la creación de otros *esquemas* que consoliden e incluso orienten más que el insulto hasta ahora cotizado solo por los posibles y tornadizos votos. Y si por su orientación el uno o los varios que dirigen la comunidad, solo se han limitado a entablillar *rutas* y más *rutas*, (grandes planes de desarrollo), convendría que se les abrieran los ojos mostrando los campos insondables a donde la inteligencia libre del hombre puede llegar. Tanto, pues, a los de un signo u otro, en que su hacer se ha convertido en la aplicación de una teoría x política y económica, no olviden que las teorías, de cualquier clase son buenas si dan buenos resultados y beneficios para todos, y son malas aunque tengan buena prensa comprada si dan malos frutos y amargos para la mayoría.

4.- Dicho esto, sobre lo que se pudiera aplicar a ciertas teorías de las que se apropian grupos que se llaman partidos, convendría apuntar, como consecuencia de esto que también puede considerarse obstáculo para el triunfo del orden, dar o confundir el significado distinto a cosas que más seriamente se debieran tratar. Pongo un ejemplo. Si a una persona se le ocurriera crear un Partido político que llamara de los

Bienaventurados, a sus seguidores, esto es, compuestos de los que están en el cielo, se le tomaría por loco y se le correría a gorrazos con la excomunión arrastrando de lo que queda de ella. ¿Por qué?. Porque sería un partido sin ningún seguidor real y solo se barajaría el atractivo de un nombre. Igualmente, si a un señor se le ocurriera llamarse comunista y fundara un partido con los que aún no gozan de una sociedad comunista, sin clases, cuya justicia la impondrían los vecinos proletarios, sin necesidad de jueces que intervinieran, sin siquiera un Estado que acumulara poder porque allí a los ricos no se les puede defender, donde trabajaran los más capacitados y el que no pudiera fuera al almacén y tomara sin más lo necesario sin dar golpe, donde nadie pudiera tener nada en propiedad, sino el Estado que sería su administrador, creo que por la misma razón se le llamaría loco y se le acusaría de ser propietario de varios pisos, coches no de muy humilde cilindrada, y se le diría que la revolución no la sirve como “Dios manda” donde la violencia por el fin está permitida, esto es, que vive como un marajá, llamándose comunista que es como decir que está viviendo en Madrid sin que Madrid fuera el centro geográfico de España y el Manzanares pasara por Gran Vía..

Creo que estos dos ejemplos ilustran el modo cómo gozando de lo que no se tiene, no se puede disponer de ello, y por tanto de los *elementos ordenables* no se hallarían ni debajo de la cama. El esquema del orden sería imposible de concebirlo. Por ejemplo, en la antigua Constitución de la Unión Soviética, la palabra comunismo no aparecía por ningún sitio. Inteligentemente como fruto de su particular *ruta*, se concedió al llamado Socialismo, el ser considerado como *un paso para el comunismo final*, esto es, el socialismo vino a constituirse como un elemento ordenable, más bien una etapa más, dentro de una ruta cuya meta era el dominio del mundo a través de su clase proletaria. Negar esto es negar la historia.

5.- Hoy día la ciencia tiene tantas *rutas* que parece un árbol frondoso. Solo cuando se da prioridad al esquema de orden ese árbol da frutos maduros que puede el hombre aprovechar en su beneficio físico.

Pero no se pierde la esperanza de poder injertar en las ramas de una simple *ruta*, otra rama de *esquema de orden* y así aprovechar las energías naturales descubiertas para un bien común necesitado de ellas. Recuerdo haber oído cómo hace muchos años, la *filoxera*, así se llamaba la enfermedad, asoló los viñedos de España atacando primero las hojas de la cepa y después los filamentos de las raíces y todo de manera rápida. . Solución, plantar en su lugar los llamados *americanos*, que son como vides silvestres cuyo nombre hace referencia a su origen, y, después de esto, se les injertó de vid auténtica, ya que aquellos eran inmunes a la enfermedad. El resultado fue la repoblación de todos aquellos campos que se habían quedado sin uvas, y fueron, pasado el tiempo, la fuente inagotable de nuestros ricos caldos. ¿Por qué no injertar las *rutas* de *esquemas de orden* que le den un sentido más humano y trascendente?. A veces pienso que los enemigos del orden son los que no lo quieren y prefieren padecer *filoxera* mental considerando a la misma ley que pone orden, como *represión* solamente defendida por el expoliador. Las hojas de la sociedad, pulmones de esta, empobrece sus propias raíces que la mantienen en pie. el *Estado de Derecho*. No respetarlo tiene consecuencias desestabilizadoras de largo alcance. En manos de este Estado de Derecho está la solución de su propia carcoma.

6.- La consideración de la misma *democracia* como algo ya plenamente conseguido es el mayor de los errores cometidos contra el sentido común y contra la concepción del

orden que aquí exponemos. La democracia es un *amplio esquema de orden* en que el día a día te va diciendo qué elementos ordenables hay que sumarle para asegurar su marcha *constante* hasta una *meta* que va más allá de nuestras propias vidas y cuyos herederos son nuestros hijos.

7.- Los grandes monopolios son consecuencia de *rutas económicas* muy concretas de cuyo beneficio solo se aprovechan unos cuantos. Las empresas que toman las *rutas* como objetivos a conseguir, ponen en plano secundario al hombre que son los engranajes humanos con que se desarrollan.

8.- La sociedad que pone en el *consumismo* su felicidad, es fruto de *rutas* donde el sibaritismo y la molicie anidan y se forman. La violencia que protesta de esto se adelanta al estudio sosegado para remediar los problemas de *rutas* que hay puestas en marcha. Y solo cuando el hombre cree en la posibilidad de poder gozar de otros bienes que son distintos y más nobles que los materiales, está en condiciones de iniciar y afrontar la reforma de una sociedad que se deshace en su propia debilidad.

9.- Pero hay un obstáculo que imposibilita el orden o si se intenta, lo consume y lo falsea, cuando a personas distintas se las quiere identificar por algún detalle al parecer coincidente o aún peor cuando se quiere hermanar toda una vida con la de otros. En principio, si se parte de la igualdad entre varios elementos ordenables, en este caso las personas, la relación es imposible, esto es, cada uno mirándose al espejo, viéndose a sí mismo interior y exteriormente a la vez que se ve él ve a los otros, así que con relacionarse con uno propio es suficiente para alcanzar metas, fines, caprichos y todo lo que se le ocurra a uno en particular.

Por otra parte, nadie se atrevería a echar mano de esos idénticos elementos para conseguir algo distinto de ellos mismos y por virtud y gracia de dichos elementos. La distribución de la victoria en la meta, no sería depositaria de premio alguno ni se podría repartir equitativamente ni justa ni injustamente, pues el esfuerzo, empleado sería el mismo para cada elemento. Igual.

Lo único que se conseguiría es sumar tres esfuerzos iguales, tres iniciativas iguales, tres potencialidades iguales. Y si se consiguiera aunar el triple interés por una meta común ya sería un triunfo. Esto dicho en caso de que tres elementos se identifiquen hasta la saciedad, algo que aún no se conoce. Siempre hay una individualidad que hace ser uno lo que es y no otro. Y este hecho óntico es el que discriminaría la meta conseguida de los tres elementos que han intervenido en el proceso porque una misma meta en teoría no puede adaptarse o complacer igualmente a cada uno de los elementos. Serían necesarias tres metas, más que una, para satisfacer la naturaleza de cada elemento y esto en la práctica no se da ni puede darse. Ejemplo. Todos son bandoleros. Atracan un Banco. Toman el botín y a la hora del reparto cada uno elige, si le dejan los demás, la alhaja preferida, el dinero que necesita, los pendientes que le gustarán a su mujer, la pulsera para su hija que se va a casar, etc. ¿Por qué esto es así?. Porque los bandoleros son diferentes y cada uno tiene sus preferencias. Digamos que cada uno tiene en sí las *exigencias de su propia naturaleza*.

Todo esto viene a cuento de una noticia aparecida en ABC del día 7 de Mayo del 2014, pág. 22. :”*Para mí fue lo mismo Jesucristo y la revolución, el Che Guevara y Felipe González*”.

Si tenemos en cuenta lo anteriormente dicho, ni aunque se miraran en el mismo espejo y desde el mismo ángulo, el primero se vería como Hombre pacífico y amoroso, víctima inocente muriendo por el hombre y perdonando a sus enemigos; lo segundo como

rebeldía y violencia puesta al servicio de unos intereses personales aunque se luche con el desprendimiento del hombre honrado, pero no perdonando al enemigo; al tercero se vería con la metralleta en la mano y aniquilando a los enemigos del pueblo; el cuarto se vería, respetándole personalmente sus ideas, como un hombre normal de gobierno. Pero estas vidas y actitudes ante ella, sin contar que el primer personaje era además de Hombre, Dios, (ni aunque no lo fuera en este caso), y los metemos dentro de un *esquema de orden*, me gustaría saber cómo se pondrían de acuerdo para decidirse y conseguir una meta que satisfaga a los tres personajes tan distintos y todos dentro de una salsa revolucionaria donde la libertad en necesidad de que así necesariamente debe acontecer, restando iniciativa y posibilidades libres a los otros elementos si es que se pusieran de acuerdo en cuando al modo de proceder. Todo este juicio lo hago teniendo presente el orden y tal como lo interpreto personalmente. Y parecido a este caso anterior es el hecho frustrado de una *Teología de la liberación* que hace años fue puesta firme a través de la Congregación para la Doctrina de la fe, y por la persona de quien fue posteriormente Benedicto XVI. Una teología que trata de Dios y sus cosas no puede ponerse a la misma altura de un humanismo materialista que cercene las posibilidades libres del hombre. Eso de decir soy cristiano y socialista o comunista, creo que está en su agonía intelectual y espiritual e incapaz de resucitar por sí como Cristo hizo. Para estas personas aficionadas a las combinaciones ideológicas, la fe, intrínsecamente sobrenatural, se les resiste plena y luminosamente porque la da Dios a quien quiere y no es elección del hombre.

Démosle a la juventud *esquemas* de orden; enseñémosles cómo hay que obrar y proceder dentro del laberinto laboral que los rodea; tomen para sí fines y metas posibles y suficientes para perfeccionarse como personas; se encuentren con ánimo de ser creativos que es lo mismo que inventar lo que no tienen a mano y hacerlo posible con el trabajo y esfuerzo. Solo de esta manera el *orden vivo*, dinámico, será no ya modo de actuar sino de ser.

EL HOMBRE OROCO.

La palabra **OROCO** es sencillamente la sigla de tres palabras ya conocidas: Orden, Óptimo y Constante. **OR-O-CO**, ni más ni menos. Y el hecho de que atribuyamos al hombre esta sigla como si fuera un adjetivo que le califica, tiene su base y razón en otro hecho, al constatar que le adorna habitualmente en su forma de actuar y enfocar la solución de sus problemas a tenor de lo que anteriormente hemos dicho sobre el orden, los *esquemas*, las etapas, etc.

Llamamos escritor al que escribe habitualmente, poeta a quien confecciona versos y los rima, arquitecto a quien planifica la construcción de un edificio, albañil el que interpreta planos y pone ladrillos, pintor quien plasma en sus cuadros parte de la bella realidad que le rodea, etc.

Un hombre **OROCO**, planifica un proceso ordenado partiendo de una realidad detectada donde puede elegir unos elementos ordenables y ponerlos en marcha hacia un determinado fin o meta, siempre dispuestos a abrir los *esquemas* que sean necesarios que fortalezcan al *esquema principal* y a los elementos que lo componen y, todo esto, poniendo una voluntad constante que tienda un puente entre lo que es y entre lo que debiera ser, teniendo en cuenta, por supuesto el significado y las exigencias de la palabra **OROCO**.

Un hombre **OROCO**. no es contrario ni enemigo de lo que hemos calificado con el nombre de *RUTA*. Ni mucho menos. Es sencillamente un hombre de buena voluntad como muchos rutereros pero con la ventaja de que su proceso particular puede continuamente perfeccionarse sin término de tiempo. Por poner un ejemplo, siempre será laudable que por medio de una *ruta* bien hecha se consiga la paz en un lugar determinado, nación, pueblo, comarca, fábrica, etc. Esa paz se consigue según lo que hayan entendido con anterioridad los que han intervenido en la confección de la *ruta*. Y una vez conseguida, todo queda, por qué no, bien conseguida.

Ahora bien esa misma paz conseguida, se pudiera haber obtenido mediante el proceso de un *esquema* de orden, y una vez que se consigue, se puede abrir otro *esquema* o *proceso* para que en el tiempo no se pierda y a su vez fortalecer este segundo proceso con otra serie de procesos secundarios que siempre irán dirigidos a la consolidación de lo que a diario se consigue. Teóricamente nunca se terminaría de perfeccionar la paz que primeramente se intentó y se consiguió. Esto es obra del hombre o del conjunto de hombres **OROCO**, cuya misión es esa.

Hay un momento de coincidencia entre *ruta* y *esquema*. Es aquel en que la *ruta* ha conseguido su objetivo y el *esquema* lo iguala. Pueden surgir muchas preguntas. Una de ellas es por qué en el caso de que los dos procesos vayan, si no paralelos, en lo conseguido, al menos al mismo tiempo, estos dos procesos pueden coincidir. Creo que sí pueden coincidir en los resultados parciales, pero siempre tendrían distinta base, esto es, la *ruta* sería un momento en que una etapa se sobrepone a otra y en el *esquema* de orden sería en el momento en que algo deja de ser para ser otra cosa. No es que cambie de naturaleza, sino que la inteligencia del hombre la considera desde otro punto de vista formal, porque las cosas no varían físicamente sino solo en la posición considerada adecuada por el ordenador o promotor inteligente del *esquema*.

Esto tiene unas consecuencias muy importantes. La principal es que un ruterero materialista, es un decir, pues puede no ser materialista, y un hombre **oroco** o que admita la posibilidad de la trascendencia, esto es, ser guiado por la voluntad sapientísima de Dios en la concepción del *esquema* y su desarrollo, (quinta etapa), pueden proponerse, desechando por supuesto toda violencia, una meta común honorable, digna para el hombre, aunque cada cual vaya por el camino que le marca la forma de confeccionar sus procesos solucionatorios de los problemas.

Razón y fe pueden ponerse de acuerdo en los objetivos.
Razón, (*ruta*) y razón con fe, (*esquema de orden*) pueden concretarlos.

La razón formal de cada uno es distinta pero coincidente en ciertos momentos de la acción.

El Hombre **OROCO** no es pues un aguafiestas. Es un elemento, digámoslo así, siempre dispuesto a echar una mano en el camino que muchas veces hay que recorrer juntos. Todo lo que sea separar los procesos es contraproducente y en nada favorece la convivencia o la solidaridad.

La gloria de la meta conseguida conjuntamente debe ser repartida a partes iguales. La generosidad en este detalle es necesaria. Por encima de políticas parciales y a veces

interesadas, se ha de tener la honorabilidad de reconocer en el otro sus propios logros que favorecen a todos.

Habría que desintoxicarse de las ideologías imperantes, que quieren dar al hombre un sentido total de la vida pero desde solo un ángulo interesado y apuntado por esas ideologías. El hombre, si es centro de la creación, hacia su bien sin excepciones deben mirar las ideologías y el mérito está en conseguirlo sin soliviantar a los demás ni ejercer violencia con ellos. La opinión que le pedimos, debe ser libremente emitida y contrastada con las que la misma ideología defiende. Por encima de sus propias ideas, el hombre se adueña de un terreno que por naturaleza le pertenece. La inteligencia y si está iluminada por la fe, mejor, ha de ser la luz que guíe al hombre entre la maraña de inventos idealistas que nacen en sí y mueren en sí.

El hombre está llamado a romper el cerco de sí mismo y darse a lo que no es él. Ante sí tiene la creación y más allá su Creador que de alguna forma la mantiene. Solo de esta manera es posible que el hombre **OROCO** tenga su oportunidad de demostrar que vale para algo y que esta concepción no sea la visión de un imposible.

Otra pregunta que puede surgir es si el hombre que llamamos **oroco** es en función de la quinta etapa que puede aplicar, como coronamiento de un *esquema*, debe o no tener fe. Como respuesta se habría de decir que sería mejor tener fe por la facilidad y naturalidad con que vendría a citar sus principios o bien el hecho en que se apoya la fe en Cristo, mejor que si no la tuviera, aunque lo que hace falta es el suficiente conocimiento e instrucción sobre aquella doctrina de fe para poder citar con convicción los Evangelios o bien atenerse a lo que ellos enseñan, juntamente con lo que nos ha sido transmitido por vía oral, base de la Tradición. Nadie puede negar a las Encíclicas que se llaman Sociales, una orientación práctica acerca de la interpretación de muchos hechos de todo tipo, sociales, políticos, humanos, sobre emigración, sobre relaciones humanas, solidaridad, etc.

La razón es que en un *esquema* de orden interviene necesariamente la inteligencia por una parte y por otra la capacidad del hombre para recibir para su bien lo que Dios haya revelado. Por eso, una sólida formación bíblica y patrística serían garantía que aseguraran la correcta interpretación de la voluntad de Dios en muchísimos temas en que la Iglesia en y por su Teología ha logrado iluminar.

El hombre **oroco**, antes de preocuparse por los *esquemas de orden* que miran al bien de los demás, debe si no antes, al menos a la vez, aplicarlos a su propia vida para perfeccionar principalmente su vida espiritual, sobre todo en el ejercicio de ciertas virtudes que suponen un esfuerzo constante y una negación de sí mismo no fácil de conseguir sino solo con la ayuda de la gracia divina. En esa cooperación o aceptación de la gracia, el hombre **oroco** debiera demostrar su exquisitez y cuidado no ya en la evitación del pecado grave, sino incluso en el leve, en las faltas y en todo aquello que pueda interrumpir su perfección ascendente a Dios por la imitación de Jesucristo que obedeció al Padre y sirvió al hombre hasta la muerte.

No estaría mal que a la instrucción ordinaria que antes hemos señalado, el hombre **oroco**, se viera reforzado con el estudio de la Ascética, ciencia teológica, donde la oración encuentra su debido puesto y los medios que los santos han recomendado para ser mejores. Si esto ocurriera, el sistema **oroco**, vendría a ser un método admirable de

formación envidiable, desde el análisis personal que proporciona el examen de conciencia diario al plan de trabajo en beneficio de los demás donde ha de verse reflejado.

Llenos de este espíritu, el dedicarse a los demás, será más fácil y llevadero porque todo es fruto del amor, alma del *esquema de orden* y se cumpliría aquello de que lo que quieras para ti lo has de querer para los demás, dicho en positivo.

Fin de la obra.

PERSONAL

PERSONAL